



FUTURE NURTURING

EL UNIVERSO EN FRACTALES VOL.2

Trastornados

Rodrigo Huerta Merodio

JÓVENES

EL UNIVERSO EN FRACTALES VOL. 2

Este libro es una alegoría de trastornos emanados desde las estructuras de poder de las que abreva la sociedad en la que vivimos. Desde el análisis descriptivo de aquello que constituye la familia interna, es decir la personalidad, hasta aquello que constituye la familia externa, que representa la sociedad, se presenta la problemática habitual del ser humano desde la perspectiva de la excepcionalidad de los momentos comunes. "Trastornados" es un reflejo amable de las problemáticas comunes que terminan siendo emanadas desde los valores y axiomas contemplados en la primera entrega de la serie, y cómo transitan hacia trastornos identitarios de confrontación consigo mismos, que caracteriza al mundo post-guerra emanado de las estructuras impuestas por la generación de los baby boomers, nacidos en la década de los años cincuenta y que permean en sus estructuras identitarias hacia nuestros tiempos de maneras brutales.

www.emotiveprompt.com

PRINTED IN MÉXICO



FUTURE NURTURING

Primera edición impresa en México, 2025
DISTRIBUIDO EN FORMA EXCLUSIVA POR EDITORIAL
FUTURE NURTURING PUBLISHERS AT WORK

Derechos reservados
© 2025, Future Nurturing Publishers At Work
C. Río Lerma 331, Cuauhtémoc, C.P. 06500 Ciudad de México

Imagen de portada: "Trastornados" del artista Ovando de Cielo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos. Sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos de copyright.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (AI).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal)

Impreso en los talleres de Impresiones Digitales Especializadas S.A. de C.V.
Viena 64-1, Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, Ciudad de México

Impreso y hecho en México — Printed and made in México

El universo en fractales

Vol. 2

Trastornados

Rodrigo Huerta Merodio

Serie Futuro-Ahora

Nota a la presente edición

El siguiente material ha abrevado de las nuevas tecnologías como modelo de consenso en las formas sin dejar de lado el contenido original. El autor y la editorial consideran que el uso de nuevas tecnologías trasciende las limitaciones técnicas que en otros tiempos podrían haber socavado las ideas que deberían haber permeado en la sociedad para obtener resultados adecuados en términos de su supervivencia. Por lo tanto hemos hecho uso de tecnología relativa no solo a la inteligencia artificial, sino también de las técnicas tradicionales para su confección, redacción, diseño, impresión, mercadeo y distribución para su consumo. No consideramos la tecnología ni los desarrollos tecnológicos como competidores o amenazas. Por el contrario, consideramos que son un complemento necesario para la creatividad y el consenso, sin dejar atrás las técnicas tradicionales que refinan el proceso creativo y que enaltecen el resultado final.

Sobre el Autor

Rodrigo Huerta Merodio es abogado internacionalista egresado de la Universidad de las Américas Puebla. Fue profesor titular de las materias Personas y Bienes, Derecho Bancario y Bursátil y Derecho Internacional Privado a nivel licenciatura. Se desempeñó como abogado en propiedad intelectual con empresas de talla internacional como Viacom, The Joester Loria Group, Marvel y para marcas tan relevantes como la Pantera Rosa, Strawberry Shortcake, Los Padrinos Mágicos, Mundo Marvel entre otros. Durante el desempeño de su carrera trabajó de la mano de programadores, agentes de recursos humanos, mercadotecnia, agentes de ventas y comerciales, llevándolo a desempeñarse en el periódico El Informador, de la Ciudad de Guadalajara, Jal.. Como emprendedor, desarrolló un algoritmo descriptivo de la personalidad a través de la emotividad que conlleva cada letra que confecciona los nombres de las personas y de los conceptos que conforman el lenguaje (www.emotiveprompt.com), que encuentra aplicación práctica en el coaching, la inteligencia emocional (también para la pareja), la prospectación comercial y humana, así como para el desarrollo mercadológico y estratégico basado en emotividades. Con dicho emprendimiento pretende la ingresión de la hiper personalización en el trato al usuario en todos los modelos grandes de lenguaje de la Inteligencia Artificial (LLM).

Para Amaya

Capítulo I: El Individuo como Familia

Desde tiempos antiguos, la familia ha sido concebida como un rompecabezas en el que cada pieza encuentra su lugar, encajando en un todo que da sentido a la pertenencia. Bajo esta visión, el individuo se reconoce como parte de un grupo cerrado de personas unidas por lazos de sangre, convivencia o tradición. Sin embargo, esta concepción, aunque poderosa, oculta una verdad más profunda: la familia no es únicamente un conjunto de piezas externas que se ensamblan, sino también una estructura íntima que cada ser humano lleva dentro de sí.

El individuo, en su soledad y en su proceso de construcción personal, desempeña roles que tradicionalmente se atribuyen a la familia. Al cuidarse, ejerce el rol de madre; al educarse, asume el rol de padre; al procurarse, encarna el rol de hermano; y al mimarse, se convierte en su propia hija. Así, cada persona es, en esencia, su propia familia, un microcosmos de vínculos internos que sostienen su identidad y su continuidad.

Esta perspectiva revela que la búsqueda de pareja no responde únicamente a un deseo de compañía, sino a la proyección de esa familia interior hacia el exterior. Se busca en el otro la confirmación de los

roles ya vividos internamente, con la esperanza de que se complementen y fortalezcan. Sin embargo, en esa búsqueda se depositan expectativas que rara vez pueden cumplirse en su totalidad. La emoción de los primeros encuentros, intensificada por la novedad de la sexualidad, suele nublar la comprensión de que lo que se persigue es un objetivo doble: la unión de dos familias individuales que, en su esencia, son irrepetibles.

El conflicto surge cuando se descubre que esta unión solo puede consolidarse si uno de los individuos renuncia, en mayor o menor medida, a su propia familia interior. Es decir, debe ceder su esquema íntimo de roles y su manera particular de habitarse, para adoptar la estructura del otro. Este sacrificio, aunque doloroso, es el germen de una nueva construcción: la familia compartida.

La paradoja es que esta nueva familia no se edifica únicamente sobre la pareja, sino alrededor de un nuevo centro aglutinante: el hijo. El hijo no es solo un ser biológico, sino la síntesis de dos familias individuales que se entrelazan y se transforman en una tercera entidad. En él se deposita la esperanza de continuidad, la posibilidad de que lo propio y lo ajeno se fundan en un nuevo rompecabezas que, a su vez, dará origen a nuevas familias interiores.

Así, la familia deja de ser únicamente un grupo cerrado de individuos y se revela como un proceso dinámico en el que cada persona, antes de

pertenecer a un clan, ya ha sido madre, padre, hermano e hija de sí misma. La verdadera pertenencia no se encuentra únicamente en el exterior, sino en la capacidad de reconocerse como familia propia, y desde allí, abrirse a la posibilidad de construir con otros una nueva forma de unidad.

En este sentido, la familia no es un rompecabezas que se arma desde fuera hacia dentro, sino desde dentro hacia fuera. Cada individuo es la primera pieza, y solo al comprenderse como totalidad puede aspirar a encajar con otra pieza en la creación de un nuevo todo.

Capítulo II: Los Ecos de la Familia Interior

La infancia no solo deja recuerdos, sino huellas invisibles que se convierten en la base de la vida adulta. Cada gesto recibido, cada ausencia, cada incapacidad de los padres o hermanos se transforma en un molde que el hijo lleva consigo y que, sin darse cuenta, reproduce en su relación consigo mismo y con los demás. La familia, en este sentido, no desaparece con la distancia ni con el paso del tiempo: permanece como una estructura interior que guía, limita o potencia la manera en que el individuo se construye.

Las incapacidades de la madre al cuidar al hijo se convierten en la primera marca. Allí donde faltó

ternura, atención o protección, el hijo aprende a cuidarse de manera incompleta, reproduciendo en su trato consigo mismo las mismas carencias que experimentó. Si la madre no supo sostener, el hijo puede crecer sin saber sostenerse; si la madre no supo nutrir, el hijo puede olvidar nutrirse; si la madre no supo consolar, el hijo puede negarse el consuelo. El cuidado propio, entonces, no es un acto espontáneo, sino un reflejo de lo que se recibió o se dejó de recibir.

De igual manera, la relación con las amistades revela la huella del padre interiorizado. La forma en que el hijo se abre, confía, compite o se distancia de sus amigos es un eco de la manera en que el padre estuvo presente o ausente en su vida. Si el padre fue distante, el hijo puede reproducir esa distancia en sus vínculos; si fue autoritario, puede tender a dominar o someterse; si fue protector, puede buscar proteger o ser protegido. Así, la figura paterna no se limita a la memoria, sino que se convierte en un patrón que define la manera en que el hijo se relaciona con los demás.

El hermano, en cambio, deja su huella en la forma en que el hijo se procura a sí mismo. La manera en que fue procurado o procurable se convierte en un espejo de cómo aprende a procurarse. Si el hermano fue cuidado con esmero, el hijo puede aprender a procurarse con dedicación; si fue ignorado, puede crecer ignorando sus propias necesidades; si fue sobreprotegido, puede tender a

sobreprotegerse hasta el punto de limitarse. El vínculo fraternal, aunque muchas veces subestimado, se convierte en un modelo íntimo de autocuidado.

Finalmente, la manera en que el hijo se mima refleja la forma en que aprendió a agradar a los demás. El mimarse no es solo un acto de indulgencia personal, sino también una proyección de cómo se buscó agradar en la infancia. Si el hijo aprendió que debía complacer para ser aceptado, sus gestos de auto-mimo estarán teñidos de esa necesidad de aprobación. Si, en cambio, aprendió que podía ser mimado sin condiciones, sus formas de agradar a otros serán más libres y auténticas.

Cada rol familiar, con sus virtudes y carencias, se convierte en un espejo interior. La madre enseña cómo cuidarse, el padre cómo relacionarse, el hermano cómo procurarse y la hija interior cómo mimarse. El hijo, al crecer, no deja atrás a su familia: la lleva consigo, repitiendo sus patrones en la intimidad de su vida y en la amplitud de sus vínculos.

Comprender esta dinámica es reconocer que la familia no termina en la infancia, sino que se prolonga en la manera en que cada individuo se trata a sí mismo y a los demás. Solo al hacer consciente esta herencia invisible es posible transformarla, rompiendo los ciclos de incapacidad y abriendo la posibilidad de un cuidado, una

relación, una procuración y un mimo más plenos y auténticos.

Capítulo III: La Negación del Tiempo y la Familia Estadual

El estado, en su entramado más íntimo, se compone de familias que, en lugar de aceptar la realidad de la transformación constante, se empeñan en negarla. La negación más profunda se centra en el paso del tiempo, como si este pudiera ser detenido o neutralizado mediante artificios. Para sostener esta ilusión, las familias se rodean de ayudantías, auxiliares y mecanismos que buscan prolongar la apariencia de permanencia, como si la vida y sus estructuras pudieran permanecer intactas frente a lo inevitable.

Sin embargo, el tiempo es indetenible. Su avance no solo se mide en cifras o calendarios, sino en los cambios profundos que imprime en cada fibra de la realidad. Pretender que no tiene efecto es un exceso que exige cada vez más recursos, más ayudantes, más sistemas de soporte. A medida que el círculo de acción y percepción de las familias estaduais se expande, también lo hace la necesidad de reforzar la negación, multiplicando las capas de artificio que sostienen la ilusión de inmovilidad.

Este fenómeno responde a una falta de liberación interior: la incapacidad de aceptar lo inevitable. La aceptación del tiempo no es resignación, sino reconocimiento de que todo lo que existe está sujeto a transformación. Negar esta verdad es encadenarse a una lucha interminable contra lo real, una lucha que consume energías y que, paradójicamente, acelera la necesidad de más apoyos externos para sostener la ficción.

De esta dinámica surge el sistema. No como una creación espontánea, sino como una necesidad de control y auditoría de los ayudantes que sostienen la negación. El sistema se engrosa en la medida en que las familias estaduales insisten en perpetuar lo que no puede perpetuarse. Cada nueva capa de negación requiere una nueva capa de vigilancia, y así el sistema crece, no por virtud de su eficiencia, sino por la expansión de la ilusión que lo alimenta.

En suma, el sistema se expande tanto como la necesidad de negar la realidad por parte de la familia estadual. Esta familia, al sentirse diferente, niega su origen y se segrega, segregando a otros por razones de origen, raza, clase o condición. La paradoja es evidente: en su intento de diferenciarse, olvida que el origen del estado es la familia, y que de la familia viable surge el individuo viable. Negar esta raíz es negar la propia posibilidad de permanencia auténtica.

Quien se segrega lo hace, en última instancia, por incapacidad manifiesta. Incapacidad de aceptar el tiempo, incapacidad de reconocerse en el otro, incapacidad de asumir que la realidad es transformación. La familia estadual que niega su origen y niega el tiempo se convierte en prisionera de su propia ficción, multiplicando sistemas y ayudantías que no hacen más que reforzar la distancia entre lo que es y lo que se pretende aparentar.

El estado, entonces, no se fortalece con estas familias, sino que se debilita. Porque un estado que se construye sobre la negación del tiempo y de la realidad no puede sostenerse indefinidamente. Solo la aceptación de lo inevitable, la integración de la transformación como parte de la vida, permite que tanto la familia como el individuo y el estado mismo se mantengan viables en el flujo incesante del tiempo.

Capítulo IV: El Hijo de la Indulgencia

La infancia es el terreno donde se siembran las semillas de los hábitos, las emociones y las formas de relación que acompañarán al individuo durante toda su vida. Cada gesto de los padres, cada exceso o carencia, se convierte en un molde que el hijo interioriza y reproduce en su propio accionar. Así, el hijo cuyo padre entra indulgente en mimarlo

crece con la falta de límites en el ejercicio de su propia indulgencia.

La indulgencia paterna, cuando no está acompañada de contención y medida, abre la puerta a una vida marcada por la dificultad de regular los propios deseos. El hijo aprende que todo puede ser concedido, que no hay fronteras claras entre lo permitido y lo dañino. En la adultez, esta enseñanza se traduce en riesgos concretos: la obesidad como consecuencia de la falta de control en la alimentación, el tabaquismo como escape frente a la ansiedad, el consumo excesivo de azúcar y otras sustancias como mecanismos de compensación emocional. La indulgencia sin límites se convierte en un terreno fértil para que la ansiedad encuentre salidas inmediatas, pero destructivas.

Las relaciones con la hermana, en este contexto, se configuran desde la debilidad y la igualdad. Ambos se procuran mutuamente, pero lo hacen desde un lugar frágil, donde la fuerza no proviene de la autonomía, sino de la necesidad compartida. La hermandad se convierte en un espejo de vulnerabilidades, en un pacto tácito de sostenerse desde lo que falta más que desde lo que abunda.

La madre, por su parte, al sobreproteger al hijo, refuerza en él una suavidad que lo hace pedante y dependiente. La sobreprotección, aunque nace del cuidado, termina por anular la capacidad de

enfrentar la dureza de la realidad. El hijo crece con la sensación de que el mundo debe adaptarse a él, y no al revés. Esta suavidad, teñida de arrogancia, lo conduce a buscar en la historia respuestas que quedaron pendientes en su interior: preguntas sobre su identidad, sobre su capacidad de sostenerse, sobre la verdadera naturaleza de su fortaleza.

El hijo de la indulgencia, entonces, no es solo el resultado de un padre complaciente, sino de una constelación de vínculos que lo moldean en su fragilidad. La indulgencia paterna lo deja sin límites, la hermandad lo sostiene desde la debilidad compartida, y la sobreprotección materna lo vuelve pedante y suave, incapaz de enfrentar con firmeza los desafíos de la vida.

En su interior, este hijo carga con una historia inconclusa. Busca en los relatos del pasado, en las memorias familiares y en las huellas de su crianza, las respuestas que no pudo construir en su presente. Su vida se convierte en un intento constante de reconciliar la indulgencia recibida con la necesidad de límites, la debilidad compartida con la búsqueda de fortaleza, y la suavidad sobreprotegida con la dureza inevitable de la realidad.

Este capítulo de su existencia revela que la indulgencia, cuando no se equilibra con la contención, no es un regalo, sino una carga. Una

carga que se manifiesta en el cuerpo, en las relaciones y en la mente, y que solo puede ser aligerada cuando el hijo reconoce que los límites que no le fueron dados debe construirlos por sí mismo.

Capítulo V: La Indulgencia y sus Derivas

La indulgencia, entendida como el acto de conceder sin medida, suele presentarse en la vida familiar como un gesto de amor, de ternura o de cuidado. Sin embargo, cuando carece de límites claros, puede transformarse en un terreno fértil para la violencia. Lo que en apariencia es un exceso de bondad, en su raíz puede convertirse en una fuerza desbordada que trastoca no solo al individuo, sino también a la familia interior y exterior que lo sostiene.

El individuo que crece bajo la indulgencia ilimitada aprende que no existen fronteras entre el deseo y la realidad. Todo puede ser alcanzado, todo puede ser concedido, y en esa lógica se pierde la noción de contención. Cuando la vida, inevitablemente, le muestra que existen límites, la frustración se convierte en violencia. Una violencia que no surge de la maldad, sino de la incapacidad de aceptar que no todo puede ser otorgado.

Esta violencia, al irrumpir, no solo afecta al individuo, sino que sacude las raíces de la familia

interior —esa estructura de roles que cada persona lleva dentro de sí— y de la familia exterior —el conjunto de vínculos reales que lo rodean. La indulgencia sin límites, al transformarse en violencia, desestabiliza la ternura de la madre interior, la firmeza del padre, la solidaridad del hermano y la dulzura de la hija. Del mismo modo, en la familia exterior, erosiona la confianza, la seguridad y la armonía que sostienen los lazos.

Frente a este fenómeno, la indulgencia ofrece al menos dos caminos posibles. El primero es abrazar esa violencia como parte de la ternura que construye al individuo. Reconocer que la violencia no es un enemigo externo, sino una expresión desbordada de la misma energía que alguna vez fue ternura. Integrarla, comprenderla y transformarla en fuerza creativa permite que el individuo se reconstruya desde la aceptación de sus contradicciones. La violencia, en este sentido, se convierte en un recordatorio de que la ternura también necesita límites para no perder su esencia.

El segundo camino es permanecer en un estado de ansiedad, sorprendido por el hecho de que la indulgencia haya derivado en violencia. En este escenario, el individuo no logra integrar la experiencia, sino que queda atrapado en la incertidumbre y el miedo. La ansiedad se convierte en un círculo vicioso: teme la violencia, pero no sabe cómo contenerla; rechaza la indulgencia, pero no puede renunciar a ella. La vida se convierte en

un vaivén entre el deseo de ternura y el temor a su desbordamiento.

Ambas opciones revelan que la indulgencia, sin límites, no es un terreno neutro. Es una fuerza ambivalente que puede construir o destruir, según la manera en que se asuma. La clave no está en negarla, sino en reconocer que la ternura necesita contención, que el amor requiere estructura, y que la libertad solo es posible cuando se reconoce la existencia de fronteras.

Así, la indulgencia es un exceso inconsciente y se convierte en una elección consciente, en ambos casos equivocada: abrazar la violencia como parte de la ternura que edifica, o permanecer en la ansiedad de quien se sorprende por lo inevitable. En ambas elecciones se juega no solo la estabilidad del individuo, sino también la viabilidad de la familia interior y exterior que lo sostiene, al no reconocer una tercera vía.

Capítulo VI: El Respeto como Fundamento

En la formación del hijo que ha crecido con límites claros, el padre asume la responsabilidad de transmitir no solo normas de conducta, sino también principios que sostienen la vida en común. Entre ellos, el respeto ocupa un lugar central. No se trata de un respeto superficial, impuesto desde

fuera, sino de un respeto que nace del reconocimiento del valor propio y del valor del otro.

En la explicación que el padre ofrece al hijo, se hace evidente que el primer respeto es hacia el individuo mismo. Sin respeto propio, cualquier intento de respetar a los demás se convierte en una máscara frágil, incapaz de sostenerse en el tiempo. El hijo aprende que respetarse implica reconocer sus límites, cuidar su integridad y no permitir que la manipulación o el desprecio lo despojen de su dignidad.

El padre, en su enseñanza, reconoce también la complejidad de las relaciones humanas. Le explica al hijo que siempre intentará tratar con respeto a la madre, aunque ella, por naturaleza, manipule el respeto como parte de la dinámica de relaciones que establece. No se trata de negar esa realidad, sino de comprenderla y afrontarla con madurez. El respeto hacia la madre no es ingenuidad, sino una decisión consciente de sostener la relación desde la dignidad, incluso cuando las tensiones la atraviesan.

El hijo escucha que el respeto no es una concesión, sino un acto de voluntad. El padre hace lo posible por respetar a la madre, no porque ella siempre lo facilite, sino porque en ese esfuerzo se afirma a sí mismo como individuo íntegro. El respeto, en este sentido, no depende de la

conducta del otro, sino de la coherencia con los propios valores.

A esta dinámica se suman los marginales a la relación: aquellos que, desde fuera, intentan dirigirla desde el desprecio. Son voces que apenas conocen la intimidad de la pareja y de la familia, pero que buscan minarla mediante la burla, la crítica o la envidia. El padre enseña al hijo que estas actitudes externas no deben ser el centro de la atención, pues nacen de la incapacidad de quienes no pueden construir lo que observan en otros. La burla, en este caso, es un intento de debilitar lo que no se puede alcanzar desde la envidia.

El hijo aprende, entonces, que el respeto es un acto de resistencia frente a la mentira, la manipulación y frente al desprecio. Respetar a la madre, incluso en sus contradicciones, es también respetarse a sí mismo. Ignorar las voces marginales que buscan minar la relación es un ejercicio de fortaleza interior. Y comprender que el respeto comienza en el individuo propio es la clave para sostener cualquier vínculo humano.

De esta manera, el padre no solo educa con palabras, sino con ejemplo. Enseña que el respeto no es una reacción, sino una elección; no es una debilidad, sino una fuerza; no es una concesión al otro, sino una afirmación de la propia dignidad. En esa lección, el hijo descubre que los límites que

recibió en su crianza no fueron restricciones, sino cimientos para construir una vida en la que el respeto, hacia sí mismo y hacia los demás, sea la base de toda relación auténtica.

Capítulo VII: La Cubeta de los Cangrejos

En la vida de las familias y de las relaciones, siempre aparecen figuras marginales que, desde la crítica, la burla o la envidia teñida de desprecio, buscan minar lo que no pueden construir en sí mismos. Estas personas, incapaces de trabajar con su propia familia interior —esa red de roles que sostiene al individuo— y con su familia exterior —los vínculos reales que lo rodean—, proyectan su frustración hacia quienes intentan avanzar.

El mecanismo es claro: al no poder sostenerse, pretenden sumir al otro. La crítica se convierte en un arma, la burla en un disfraz y la envidia en un veneno que busca corroer lo ajeno. No se trata de un ataque frontal, sino de un intento constante de arrastrar al otro hacia la misma incapacidad que los define.

La imagen de la cubeta llena de cangrejos ilustra con precisión este fenómeno. Cuando uno de ellos intenta salir, los demás lo jalan de las patas para impedirle escapar. Ninguno logra liberarse, porque todos se encargan de mantener a los otros en la

misma miseria. Así actúan los marginales: en lugar de reconocer el valor del ejemplo de quien busca elevarse, lo perciben como una amenaza que desnuda su propia inacción.

El individuo que intenta salir de la cubeta representa a quien, desde el esfuerzo personal, busca transformar su vida, su familia interior y su familia exterior. Su movimiento hacia arriba no es solo un acto individual, sino una posibilidad colectiva: demuestra que es posible romper con la inercia de la mediocridad y la resignación. Sin embargo, en lugar de estimular ese ejemplo como una necesidad de todos, los marginales lo atacan, porque su ascenso revela la incapacidad de los demás para moverse.

La crítica, la burla y el desprecio no son más que máscaras de la impotencia. Quien se burla, envidia o desprecia, en realidad confiesa su incapacidad de hacer lo propio consigo mismo. La energía que podría destinar a su crecimiento la invierte en impedir el crecimiento ajeno. Así, la cubeta se convierte en un círculo vicioso de miseria compartida, donde nadie avanza porque todos se encargan de frenar al que lo intenta.

El desafío para el individuo que busca salir es no dejarse arrastrar por esas fuerzas. Reconocer que la crítica destructiva no define su valor, que la burla no disminuye su esfuerzo y que la envidia ajena no es más que un reflejo de la carencia del otro. Su

tarea es persistir en el ascenso, no solo por sí mismo, sino porque su ejemplo puede convertirse en la chispa que despierte a otros a la posibilidad de liberarse.

La verdadera transformación ocurre cuando el ejemplo de uno se asume como la necesidad de todos. Cuando en lugar de jalar hacia abajo, se empuja hacia arriba. Cuando la familia interior se fortalece y la familia exterior se inspira en el movimiento de quien se atreve a desafiar la cubeta. Solo entonces la miseria compartida deja de ser destino, y la superación individual se convierte en un camino colectivo.

En este sentido, la lección es clara: los marginales existen, pero su poder depende de la respuesta que se les dé. Si se les concede autoridad, perpetúan la cubeta; si se les enfrenta con firmeza y se persiste en el ascenso, su desprecio se convierte en testimonio de que la salida es posible. La cubeta no es una condena, sino una prueba: la de sostenerse en el propio esfuerzo, aun cuando otros intenten arrastrar hacia abajo.

Capítulo VIII: El Rostro Silencioso de la Valentía

La valentía ha sido, durante siglos, confundida con la imagen del héroe que se impone sobre la adversidad, que vence a sus enemigos y que se

alza con la victoria como único desenlace posible. Sin embargo, esa visión incompleta ha dejado en la sombra un aspecto más profundo y humano: la valentía no siempre consiste en ganar, sino en aceptar. Reconocer lo que duele, lo que limita, lo que se pierde, es un acto de coraje que no se mide en trofeos, sino en la capacidad de trascender aquello que, de otro modo, se convertiría en un lastre.

Aceptar no significa resignarse. Significa mirar de frente lo que es, sin adornos ni negaciones, y reconocer que en esa verdad habita la posibilidad de transformación. El rédito de la valentía no está en la conquista externa, sino en la liberación interna. Quien se atreve a reconocer sus miedos, sus errores o sus fragilidades, abre un espacio donde lo humano se vuelve más amplio y más real. Allí, en ese terreno fértil, germina la trascendencia.

El reconocimiento es, en sí mismo, un puente. Cuando alguien se atreve a nombrar lo que siente o lo que ha vivido, se abre la posibilidad de hermanarse con otros en un evento compartido. La experiencia deja de ser un peso solitario y se convierte en un territorio común. En ese gesto, la valentía se transforma en vínculo: lo que antes era carga se vuelve lenguaje, y lo que antes era silencio se vuelve encuentro.

La empatía surge como la consecuencia natural de este reconocimiento. Al comprender lo que habita

en el otro, se despierta la capacidad de ser receptivo, de escuchar sin juzgar, de acompañar sin imponer. La valentía, entonces, no se mide en la fuerza de la voz que grita, sino en la quietud de la escucha que acoge. Ser empático es un acto de coraje porque implica abrirse a la vulnerabilidad ajena y, al mismo tiempo, a la propia.

En este sentido, la valentía no es un gesto aislado, sino una práctica compartida. No se trata de imponerse sobre la vida, sino de dialogar con ella. No se trata de vencer al otro, sino de reconocerse en él. La verdadera trascendencia no está en la victoria que separa, sino en la empatía que une. Allí, en ese espacio donde el reconocimiento y la receptividad se encuentran, la valentía revela su rostro más silencioso y más humano: el de la capacidad de ser con los demás, y no contra ellos.

Capítulo IX: El Dios de la Precisión y el Camino del Karma

El dios de la precisión no era un dios de excesos ni de improvisaciones. Su fuerza residía en la exactitud, en la medida justa de cada acción, en la proporción que equilibraba el esfuerzo con el resultado. Se decía que podía poner el noventa por ciento del esfuerzo necesario para que un propósito se cumpliera, pero nunca más. El último diez por ciento quedaba en manos de la

comunidad, depositado en la responsabilidad de cada individuo.

Ese diez por ciento no era menor ni accesorio. Era, en realidad, el núcleo de la integridad. La comunidad confiaba en que cada persona asumiera su parte, no como un peso, sino como un compromiso con los nueve componentes que sostenían la vida en equilibrio: la verdad, la justicia, la compasión, la disciplina, la humildad, la sabiduría, la paciencia, la gratitud y la coherencia. Cada uno de estos elementos era un pilar, y juntos formaban la estructura invisible que sostenía la integridad.

El décimo componente, sin embargo, no pertenecía a la lista. Era distinto, porque no se podía cultivar ni practicar de manera directa: era el resultado. El fruto de todo lo anterior, el desenlace que debía entregarse en un solo camino, el que conducía a la evaluación con el destino. Allí, en ese cruce inevitable, no había atajos ni excusas. El dios de la precisión observaba, pero no intervenía. Su obra estaba hecha en el noventa por ciento; lo demás dependía de la fidelidad del individuo a su propia integridad.

El instrumento preferido de este dios era el carma. No un carma entendido como castigo o recompensa, sino como un espejo de doble filo. Con “c”, era el carma de las consecuencias: cada acción dejaba una huella, cada decisión generaba

un eco que regresaba, tarde o temprano, a quien la había emitido. Con “k”, era el carma de la reconsideración: la duda que se abría en el corazón cuando el resultado esperado no coincidía con el resultado obtenido. Esa “k” era la grieta que obligaba a mirar de nuevo, a cuestionar, a replantear lo que se creía seguro.

El carma, en sus dos rostros, era la herramienta con la que el dios de la precisión enseñaba que la evaluación no era un juicio externo, sino un diálogo interno. Las consecuencias mostraban lo que había sido sembrado; la reconsideración invitaba a revisar lo que aún podía transformarse. Así, el destino no era una sentencia, sino un proceso de aprendizaje continuo.

El dios de la precisión no exigía perfección, sino integridad. No pedía que el individuo cargara con todo, sino que asumiera su parte con honestidad. El noventa por ciento estaba asegurado por su exactitud divina, pero el diez por ciento restante era el espacio de ejercicio de la honestidad donde la humanidad podía demostrar su grandeza o su fragilidad. Allí, en ese margen aparentemente pequeño, se jugaba la verdadera trascendencia.

Porque el destino no se mide en victorias absolutas, sino en la capacidad de sostener la integridad en cada paso. Y el carma, con “c” y con “k”, recordaba que toda consecuencia trae consigo

una reconsideración, y que toda reconsideración abre la puerta a un nuevo destino.

Capítulo X: El Espacio Compartido y la Resonancia de las Familias

En el universo de las relaciones humanas, pocas decisiones tienen un impacto tan profundo como la de cohabitar. Compartir un mismo espacio no es únicamente un acto logístico o una conveniencia práctica; es, en esencia, un pacto de integración. Dos mundos internos, con sus historias, costumbres y silencios, se entrelazan en un escenario común. Y en ese entrelazamiento, no solo se ponen en juego las dinámicas de la pareja, sino también las resonancias de las familias que orbitan alrededor de cada consorte.

La familia interna y la familia externa

Cada individuo carga consigo una familia interna: un conjunto de valores, hábitos, heridas y aprendizajes que se han sedimentado a lo largo de su vida. Esta familia interna no es visible a simple vista, pero se manifiesta en gestos cotidianos: la manera de ordenar la mesa, el tono con el que se responde a un desacuerdo, la forma de entender el descanso o el trabajo.

Cuando dos personas deciden habitar el mismo espacio, estas familias internas se encuentran. No se trata de una fusión inmediata, sino de un

proceso de negociación constante. Si existe compenetración, las diferencias se transforman en complementariedades, y el hogar se convierte en un terreno fértil donde ambas identidades pueden crecer.

Sin embargo, cuando la compenetración no se logra, la fricción se intensifica. Lo que en un inicio parecía una diferencia menor se convierte en un recordatorio constante de incompatibilidad. Y es en este punto donde la familia externa —los hijos, padres, hermanos, amigos y la pareja— comienza a sufrir las consecuencias.

La familia externa no habita el mismo espacio, pero recibe las ondas de lo que ocurre dentro de él. Una pareja que convive en armonía transmite estabilidad hacia afuera: las reuniones familiares se vuelven más fluidas, los lazos se fortalecen y la red de apoyo se consolida.

En cambio, cuando la convivencia se convierte en un campo de batalla silencioso, la familia externa se ve arrastrada a un dilema. Por un lado, busca apoyar a su ser querido; por otro, se enfrenta a la incomodidad de aceptar o rechazar al consorte. Así, las tensiones privadas se filtran en los encuentros sociales, en las conversaciones telefónicas, en los silencios prolongados.

La falta de compenetración interna se convierte en un eco que resuena en la estructura externa. Lo

que no se resuelve en la intimidad de la pareja se multiplica en la red de relaciones que los rodea.

Cohabitar no significa únicamente compartir un techo, sino aprender a integrar dos familias internas en un mismo relato. Este proceso requiere paciencia, escucha y, sobre todo, la disposición a reconocer que cada gesto cotidiano es un puente o una barrera.

Cuando la pareja logra construir un espacio donde ambas familias internas se respetan y dialogan, la familia externa florece. Los vínculos se expanden, los encuentros se vuelven celebraciones y la red de apoyo se fortalece. Pero cuando la integración fracasa, la fractura no se limita a la pareja: se extiende hacia afuera, debilitando la trama de relaciones que sostiene a ambos.

El acto de cohabitar es, en última instancia, un ejercicio de resonancia. Lo que ocurre en el espacio íntimo de la pareja no queda confinado entre cuatro paredes, sino que se proyecta hacia las familias externas, moldeando la calidad de los vínculos más amplios. La armonía interna se convierte en un regalo para todos; la discordia, en una herida compartida.

Cohabitar, entonces, no es solo vivir juntos: es aprender a entrelazar dos mundos internos para que la red externa no sufra, sino que se fortalezca en la unión.

Capítulo XI: La Apuesta Silenciosa de la Convivencia

La compenetración entre dos consortes no se limita a la atracción, la afinidad o la voluntad de compartir un proyecto de vida. En lo profundo, se trata de un enfrentamiento silencioso entre dos modelos de familia interna que buscan coexistir en un mismo espacio. Cada persona llega a la relación con un bagaje invisible: costumbres heredadas, formas de resolver conflictos, modos de expresar afecto y estructuras de pensamiento que se han consolidado a lo largo de los años.

Cuando estos modelos se encuentran, surge una apuesta silenciosa pero brutal: ¿qué está dispuesto cada uno a modificar, a ceder o incluso a sacrificar de su propia familia interna para que el modelo del otro pueda prevalecer? Esta negociación no es sencilla, porque implica renunciar a fragmentos de identidad que han sido constitutivos de la propia historia.

Cambiar el modelo de familia interna no es un acto superficial. No se trata de ajustar horarios o de modificar rutinas, sino de cuestionar creencias profundas, de alterar patrones que han sido transmitidos de generación en generación. La dificultad radica en que cada consorte percibe su modelo como natural, como la forma correcta de habitar el mundo.

Aceptar que el modelo del otro pueda imponerse, aunque sea parcialmente, genera tensiones invisibles que se acumulan en la convivencia diaria. La pareja se convierte en un campo de ensayo donde cada gesto, cada silencio y cada decisión cotidiana son pruebas de hasta dónde se está dispuesto a llegar en esa apuesta.

En medio de esta tensión, la procreación aparece como un elemento que puede beneficiar a la familia. La llegada de un hijo no solo amplía el círculo, sino que también redefine las prioridades. El cuidado, la protección y el futuro compartido se convierten en un punto de encuentro que no necesariamente trasciende las diferencias de los modelos internos.

Sin embargo, la procreación no resuelve por sí sola la tensión de la convivencia. Puede, en cambio, agudizarla si no existe un espacio de equilibrio. Es aquí donde surge una alternativa que rompe con la idea tradicional de cohabitación: la posibilidad de que los consortes habiten espacios distintos.

Habitar espacios distintos no significa renunciar al vínculo, sino replantear la forma en que este se sostiene. Al mantener un territorio propio, cada consorte preserva la relación consigo mismo, evitando que la fusión de los modelos internos se convierta en una imposición desgastante.

En este esquema, la pareja puede encontrarse desde la elección y no desde la obligación. Los momentos compartidos se vuelven más conscientes, y la crianza de los hijos se enriquece con la diversidad de perspectivas que cada consorte aporta desde su propio espacio vital. La distancia física, lejos de ser un obstáculo, puede convertirse en un recurso para mantener la salud emocional y la autenticidad de cada uno.

La compenetración de las familias internas exige una apuesta silenciosa y brutal, donde cada consorte debe decidir qué partes de su modelo está dispuesto a transformar. Este proceso, lejos de ser fácil, puede desgastar la relación si no se maneja con cuidado.

La procreación ofrece un horizonte de unión, pero no elimina la necesidad de preservar la individualidad. Por ello, habitar espacios distintos puede ser una estrategia que permita a los consortes convivir de manera más sana consigo mismos y, en consecuencia, ofrecer a la familia un entorno más equilibrado y auténtico.

La verdadera fortaleza de la unión no siempre reside en compartir un mismo techo, sino en la capacidad de sostener un proyecto común sin perder la esencia de lo que cada uno es y sin olvidar que es en la paciencia en donde el factor económico se puede sortear, ya que de todas formas, una mala compenetración llevará a los

consortes y a la familia en última instancia, a vivir separados o a vivir mal, después de intentar la procreación bajo un mismo techo innecesariamente.

Capítulo XII: La Economía y la Batalla Silenciosa de los Modelos

En la vida de pareja, la posibilidad económica suele presentarse como un factor que promete resolver tensiones. Se cree que disponer de recursos suficientes permitirá suavizar las diferencias, evitar conflictos y garantizar la estabilidad. Sin embargo, la experiencia demuestra que el dinero no sortea la incapacidad de los consortes para enfrentar las batallas cruentas que surgen en torno a la imposición de los modelos de familia interna.

La convivencia no se define por la abundancia material, sino por la manera en que cada consorte busca trasladar su herencia interna a la operación cotidiana de la familia externa. Allí, en ese terreno invisible, se libran las luchas más intensas.

La batalla de los modelos internos

Cada consorte llega con un modelo de familia interna que considera legítimo. Estos modelos no son simples costumbres, sino estructuras profundas que dictan cómo debe organizarse la

vida, cómo se distribuyen los roles, cómo se ejerce la autoridad y cómo se entiende el respeto.

Cuando ambos intentan imponer su modelo en la operación cotidiana de la familia externa —es decir, en la dinámica diaria que involucra a hijos, parientes y entorno social—, se desata una pugna que no puede ser resuelta con recursos económicos. El dinero puede comprar comodidad, pero no puede comprar la aceptación del modelo del otro.

En la mayoría de los casos, la batalla termina inclinándose hacia la imposición del modelo de la mujer. Esto no ocurre necesariamente por una cuestión de fuerza explícita, sino por la centralidad que la mujer suele ocupar en la organización de la vida familiar. Su modelo se convierte en el eje alrededor del cual gira la dinámica externa, mientras que el hombre, incapaz de sostener su propio esquema, comienza a ceder terreno.

Este proceso, aunque aparentemente funcional, trae consigo una consecuencia silenciosa: la infantilización del hombre. Al quedar relegado en la toma de decisiones y en la definición de la estructura familiar, su rol se reduce, y con ello se erosiona la percepción de autoridad y de equilibrio dentro de la pareja.

La infantilización del hombre no es un fenómeno superficial. Se manifiesta en la manera en que se

le asignan tareas como si de un menor se tratara, en cómo se le excluye de decisiones trascendentes y en la forma en que su voz pierde peso en la dinámica familiar. Esta reducción de su rol no solo afecta su autoestima, sino que también altera la percepción que la mujer tiene de él.

La consecuencia inevitable es la pérdida de respeto mutuo. La mujer, al ver al hombre reducido a un papel secundario, deja de reconocerlo como un igual. El hombre, al sentirse desplazado y despojado de su capacidad de influencia, acumula resentimiento. La relación, en lugar de fortalecerse, se debilita bajo el peso de una jerarquía no declarada pero evidente.

La posibilidad económica no resuelve las batallas internas de la pareja. El dinero puede ofrecer un escenario más cómodo, pero no evita la confrontación entre los modelos de familia interna que cada consorte intenta imponer en la operación de la familia externa.

Cuando la balanza se inclina hacia la prevalencia del modelo femenino, el hombre corre el riesgo de ser infantilizado, y con ello se abre la puerta a la pérdida de respeto mutuo. La pareja, en lugar de consolidarse como un espacio de equilibrio, se convierte en un terreno de desigualdad silenciosa que mina la confianza y la admiración recíproca.

La verdadera estabilidad no se encuentra en la abundancia material, sino en la capacidad de ambos consortes para reconocer, negociar y equilibrar sus modelos internos sin recurrir a la imposición ni a la reducción del otro.

Capítulo XIII: Los Tres Rostros del Conocimiento Personal

En el entramado de las relaciones humanas, el conocimiento ocupa un lugar central. Sin embargo, no todo conocimiento es igual ni opera de la misma manera. Existen tres dimensiones que, aunque parecen similares, encierran diferencias profundas: conocerse a sí mismo, darse a conocer y que otros te conozcan. Cada una de estas experiencias abre un horizonte distinto y plantea desafíos particulares en la construcción de la identidad y en la forma de vincularse con los demás.

Conocerse a sí mismo es un acto suculento, ruidoso y, muchas veces, doloroso. Implica mirar hacia adentro con honestidad, reconocer fortalezas y debilidades, aceptar heridas y contradicciones. No se trata de una tarea fácil que se complete de una vez, sino de un proceso continuo que se renueva con cada momento, con cada etapa de la vida.

Este conocimiento interno es la base de la autenticidad. Sin él, las decisiones se vuelven

frágiles, las relaciones superficiales y la vida se convierte en una repetición de patrones ajenos. Conocerse a sí mismo exige valentía, porque obliga a enfrentar verdades incómodas y a desmontar ilusiones que sostienen la autoimagen.

Por su parte, darse a conocer es un acto de apertura hacia el otro. No basta con tener claridad interna; es necesario traducirla en gestos, palabras y acciones que permitan a los demás acceder a lo que uno es. Darse a conocer implica vulnerabilidad, porque supone mostrar aspectos que pueden ser juzgados, rechazados, incomprendidos o inclusive usados en su contra.

Este proceso no es automático ni total. Cada persona decide qué partes de sí misma expone y cuáles resguarda. La selección de lo que se comparte define la calidad de los vínculos: cuanto más auténtico es el darse a conocer, más genuinas se vuelven las relaciones. Sin embargo, también existe el riesgo de la sobreexposición, cuando se entrega demasiado sin medir las consecuencias.

De igual forma, que otros te conozcan es una experiencia distinta, porque no depende únicamente de lo que uno decide mostrar, sino también de la interpretación que los demás hacen de ello. El conocimiento que otros construyen sobre una persona está mediado por percepciones, prejuicios y expectativas.

En este sentido, que te conozcan no siempre significa que te comprendan. Muchas veces, lo que los demás creen saber de alguien es apenas un reflejo distorsionado de lo que esa persona realmente es. Aquí surge la tensión entre la identidad interna y la imagen externa (de la familia interna): lo que uno siente ser y lo que los demás creen que es.

La vida se mueve en el cruce de estas tres experiencias. Una persona puede conocerse profundamente a sí misma, pero si no se da a conocer, permanecerá invisible para los demás. Alguien puede exponerse con generosidad, pero si los otros no logran comprenderlo, quedará atrapado en la frustración de ser malinterpretado. Y también puede ocurrir que los demás construyan una imagen poderosa de alguien que, en realidad, no se reconoce en ella.

El equilibrio consiste en articular estas tres dimensiones: profundizar en el autoconocimiento, aprender a darse a conocer con autenticidad y aceptar que el conocimiento que otros tienen de uno siempre será parcial e incompleto.

No es lo mismo conocerse a sí mismo, darse a conocer o que te conozcan. Cada dimensión responde a una lógica distinta y plantea desafíos propios. El autoconocimiento es la raíz de la identidad; el darse a conocer, el puente hacia los

demás; y el ser conocido, el espejo que devuelve una imagen que nunca es exacta.

La madurez consiste en reconocer estas diferencias y aprender a habitar la tensión entre ellas sin perder la esencia. Solo así es posible construir relaciones auténticas y una vida en la que la identidad no dependa exclusivamente de lo que se es, de lo que se muestra o de lo que los demás perciben, sino de la integración consciente de los tres rostros del conocimiento personal.

Capítulo XIV: El suicidio solemne de las familias estadauales

Las familias estadauales, aquellas que se constituyen en torno al poder, al aparato burocrático y a la maquinaria del sistema, suelen creer que su permanencia está asegurada por la fuerza de las leyes que ultimadamente no aplican para ellos, los privilegios heredados y la inercia de las instituciones. Sin embargo, cada vez que deciden atacar a la familia civil —la que se sostiene en la intimidad, en la transmisión de valores, en la vida cotidiana y en la memoria de lo humano—, se encaminan con solemnidad hacia su propio suicidio. No es un acto inmediato ni evidente, sino un proceso lento, ritualizado, en el que la arrogancia se disfraza de autoridad y la violencia se reviste de legalidad.

La solemnidad de este suicidio radica en que las familias estatales no lo perciben como tal. Creen estar reafirmando su poder cuando en realidad están cavando su tumba. Cada decreto que sofoca la libertad, cada norma que despoja de dignidad, cada ataque contra la autonomía de la familia civil es un paso más hacia la autodestrucción. La historia muestra que ningún poder que se enfrenta a la raíz vital de la sociedad logra sobrevivir intacto. El sistema puede prolongar su agonía, pero no puede evitar el desenlace.

La familia civil, por su parte, asiste con seriedad a su encuentro con el destino. No lo hace con júbilo ni con resignación, sino con la conciencia de que su papel es resistir desde la honestidad. La seriedad no es rigidez, sino claridad: la certeza de que la vida no se negocia con artificios ni con máscaras. Allí donde la familia estatal se envuelve en protocolos y ceremonias vacías, la familia civil se aferra a la verdad desnuda de la existencia, a la autenticidad de los vínculos y a la fuerza de la memoria compartida.

La honestidad se convierte en el requisito indispensable para atravesar este destino. No se trata de una virtud decorativa, sino de un escudo contra el carma destructivo. Cuando la familia civil se traiciona a sí misma, cuando cede a la mentira o a la corrupción, se exponen a las consecuencias que, a pesar de la impunidad, llevaron a la ruina que consume a las familias estatales. El carma

no distingue entre poderosos y humildes: actúa con la precisión de una ley invisible que devuelve a cada cual el reflejo de sus actos. La deshonestidad abre grietas por donde se filtra la decadencia, mientras que la transparencia fortalece los cimientos invisibles de la vida comunitaria.

El destino, entonces, no es un accidente ni una fatalidad, sino la consecuencia de las elecciones. Las familias estadales eligen el camino de la solemnidad vacía y terminan asistiendo a su propio funeral político y moral. Las familias civiles, en cambio, eligen la seriedad de la obligación y se preparan para enfrentar las pruebas con la dignidad de quienes saben que la vida no se mide en poder, sino en autenticidad. Entre ambas, se libra una batalla silenciosa que no se resuelve en los tribunales ni en los palacios, sino en las consecuencias que depara el destino en cada hogar.

Así, el capítulo de la historia se escribe con la tinta de la honestidad o de la mentira. Quienes optan por la primera sobreviven al paso del tiempo; quienes se entregan a la segunda se condenan a la solemnidad de un suicidio anunciado.

Capítulo XV: La contradicción interna de la familia estadual

La familia estadual, aquella que se organiza en torno al poder político y a la administración del sistema, suele estar marcada por una profunda contradicción. En su interior conviven intereses opuestos, ambiciones desmedidas y rivalidades que rara vez encuentran un cauce de resolución. La ausencia de límites claros entre sus miembros convierte a esta familia en un espacio donde la convivencia se transforma en campo de batalla, y donde la lealtad se diluye en la lucha por la supremacía.

La falta de fronteras éticas y afectivas entre quienes la integran genera un clima de permanente tensión. Los vínculos no se sostienen en la confianza, sino en la conveniencia; no se construyen sobre la solidaridad, sino sobre la utilidad que cada miembro representa para los demás. De allí surge la tendencia a la autodevoración: la familia estadual se canibaliza a sí misma, desgarrando sus propias entrañas en la pugna por el control, y al mismo tiempo proyecta esa voracidad hacia afuera, sobre otras familias y comunidades que terminan siendo víctimas de su insaciable necesidad de dominio.

En este escenario, la falta de escrúpulos se convierte en norma. La ausencia de límites morales

abre la puerta a la barbarie, donde todo se justifica en nombre de la supervivencia del poder. El sistema, lejos de corregir estas desviaciones, se alimenta de ellas. Encuentra en la desmesura y en la falta de ética de los miembros de la familia estadual un terreno fértil para desplegar su lógica utilitarista.

El sistema no se guía por principios de justicia ni por ideales de equidad, sino por la fría necesidad de garantizar su continuidad. Así, distribuye recursos de manera selectiva: provee a unos lo indispensable para sostenerlos en posiciones estratégicas, mientras condena a otros a la escasez o al olvido. La redención o la condena no dependen de méritos ni de culpas, sino de la función que cada individuo o grupo pueda desempeñar en la maquinaria de la perpetuación sistémica.

De este modo, la familia estadual se convierte en un engranaje más de un mecanismo mayor, donde las contradicciones internas no son un obstáculo, sino un combustible. El sistema se nutre de esas disputas, las manipula y las orienta para mantener el equilibrio de fuerzas que le permite subsistir. La barbarie interna, lejos de debilitarlo, lo fortalece, pues le otorga la capacidad de moldear o deshacerse de sus miembros según las necesidades del momento.

Sin embargo, esta dinámica encierra una paradoja: cuanto más se canibaliza la familia estadual, más dependiente se vuelve del sistema que la sostiene. Y cuanto más se somete al utilitarismo del sistema, más pierde su identidad, reducida a un conjunto de piezas intercambiables en un tablero que no controla. La contradicción, el conflicto y la barbarie no son accidentes, sino la esencia misma de su errónea existencia.

El destino de la familia estadual, entonces, no se juega en la cohesión interna ni en la fortaleza de sus lazos, sino en la medida en que el sistema decida mantenerla útil. Cuando deja de ser funcional, es descartada sin miramientos, sustituida por otra que sustituya el ciclo. Así, la familia estadual vive atrapada en una espiral de autodestrucción y dependencia, incapaz de liberarse de la lógica que la devora y la sostiene al mismo tiempo.

Capítulo XVI: La abundancia sin límites y el ciclo de la barbarie

La abundancia de recursos en el seno de la familia estadual, lejos de ser garantía de estabilidad o virtud, suele convertirse en el terreno fértil de la barbarie. Cuando no existen límites axiomáticos claros, definidos y respetados, la riqueza se transforma en un catalizador de excesos. La ausencia de fronteras éticas y normativas permite

que los miembros de esta familia actúen con desmesura, convencidos de que su posición los coloca por encima de toda consecuencia.

En este contexto, las barbaridades no son excepciones, sino prácticas recurrentes. La impunidad se convierte en el sello de quienes, amparados por el poder y la abundancia, transgreden sin temor. Cada acto de abuso, cada exceso cometido sin sanción, alimenta un ciclo perverso que se retroalimenta en la barbarie. La falta de límites no solo corrompe a los individuos, sino que degrada a la familia estadual en su conjunto, convirtiéndola en un espacio donde la violencia, la arbitrariedad y la deshumanización se normalizan.

El sistema, en lugar de corregir estas desviaciones, las tolera e incluso las utiliza. La impunidad de la familia estadual no es un accidente, sino una condición funcional: mientras sus miembros resulten útiles para la continuidad del orden establecido, sus excesos son invisibilizados o justificados. Así, la barbarie se perpetúa como un mecanismo de poder, disfrazado de privilegio y legitimado por la abundancia.

En contraste, la familia civil vive bajo una lógica distinta. Allí, la abundancia no es la norma, y la escasez obliga a reconocer los límites de manera inmediata y concreta. Más aún, la familia civil sabe sin lugar a dudas que aquello manifestado en el

deber ser le será exigido en el momento de rendir cuentas. La conciencia de que habrá un juicio —sea social, moral o legal— orienta sus acciones hacia la prudencia y la responsabilidad.

El deber ser, condensado en las leyes y en la moral, actúa como un marco regulador que vincula el ser con la consecuencia. La familia civil, al comprender que sus actos no quedan impunes, tiende a ajustar su comportamiento a ese horizonte normativo. No se trata de una obediencia ciega, sino de la certeza de que la vida en comunidad exige coherencia entre lo que se proclama y lo que se practica.

De esta diferencia surge una tensión fundamental: mientras la familia estadual se hunde en un ciclo de barbarie alimentado por la abundancia sin límites, la familia civil se esfuerza por mantener la coherencia entre el ser y el deber ser. Una vive en la impunidad que degrada; la otra, en la responsabilidad que dignifica.

El contraste revela que la abundancia, sin límites axiológicos, no es bendición sino condena. Allí donde no hay fronteras éticas, la riqueza se convierte en instrumento de destrucción. En cambio, allí donde el deber ser se reconoce como exigencia ineludible, incluso la escasez puede transformarse en escuela de virtud. La historia de ambas familias muestra que no es la cantidad de recursos lo que define la grandeza de una

comunidad, sino la claridad y el respeto de los límites que orientan su uso.

Capítulo XVII: El orden del deber ser en la familia civil

La familia civil, en su esencia, se sostiene sobre la necesidad de ajustar su actuar a un marco normativo que garantice la convivencia y la continuidad de la vida en comunidad. Este marco no surge de la arbitrariedad ni de la imposición caprichosa, sino de los principios y orígenes generales que el destino imprimió como normas de observación universal. Dichos principios se manifiestan primero en las leyes, como expresión objetiva y común de lo que debe regir a todos, y después en la moral, como guía subjetiva que orienta la conducta individual y colectiva hacia el bien.

Cuando la familia civil se aparta de este orden, negando la primacía de la ley sobre la moral, se expone a una corrupción silenciosa. En lugar de regirse por normas de observación general, válidas para todos sin excepción, comienza a someterse a códigos morales de carácter grupal o individual premeditado para vulnerar a la familia civil. Estas normas, al no poder ser impuestas a la generalidad, fragmentan la cohesión social y convierten la vida comunitaria en un mosaico de intereses particulares que se enfrentan entre sí.

La ley, en tanto expresión del deber ser común, constituye el primer límite que asegura la igualdad de condiciones. Es el terreno donde todos, sin distinción, deben reconocerse como sujetos de derechos y obligaciones. La moral, en cambio, aunque necesaria, solo puede operar como complemento de la ley, nunca como sustituto. Su función es elevar el comportamiento más allá de lo exigido por la norma jurídica, pero no reemplazarla ni contradecirla.

Si la familia civil invierte este orden y coloca la moral particular por encima de la ley general, se produce una distorsión peligrosa. Cada grupo o individuo pretende imponer su visión del bien como regla universal, generando conflictos irreconciliables. Lo que para unos es virtud, para otros puede ser opresión; lo que para unos es deber, para otros puede ser injusticia. En ese terreno, la convivencia se vuelve imposible, pues desaparece el marco común que permite resolver las diferencias.

El destino, al imprimir normas de observación general, estableció un principio ineludible: la vida en comunidad requiere de reglas compartidas que trasciendan las voluntades individuales. Negar este principio es negar la raíz misma de la civilidad. La familia civil que se corrompe en normas morales de observación grupal o individual pierde su carácter universal y se fragmenta en parcialidades que no

pueden sostener el orden común, manifestándose en infiltración por parte de la familia estadual.

Por ello, el deber ser de la familia civil consiste en normar su actuar primero en las leyes, como expresión objetiva de lo general, y después en la moral, como perfeccionamiento subjetivo de lo humano. Solo así se preserva la coherencia entre los principios universales y las prácticas cotidianas, evitando que la arbitrariedad de unos pocos se imponga sobre la totalidad.

La grandeza de la familia civil no radica en la abundancia de recursos ni en la fuerza de sus vínculos internos, sino en su capacidad de reconocer y respetar el orden del deber ser, porque ahí es donde radica su destino común. Allí donde la ley se cumple y la moral se eleva, la comunidad florece; allí donde la ley se niega y la moral se fragmenta, la corrupción se instala y la civilidad se desvanece.

Capítulo XVIII: La propaganda moral y la confusión de la sociedad

La familia estadual encuentra en la falta de cultura jurídica de la sociedad un terreno fértil para consolidar su poder. Allí donde el conocimiento de las leyes debería ser patrimonio común y herramienta de defensa ciudadana, se instala la ignorancia, y en ese vacío la familia estadual

introduce mecanismos de control que sustituyen la norma jurídica por discursos de conveniencia.

En lugar de fomentar la comprensión de los principios legales que rigen la vida en comunidad, la familia estadual recurre a campañas repetitivas que responden a intereses personales o grupales. Estas campañas, cuidadosamente diseñadas, se presentan bajo el disfraz de moralidad, como si fueran expresiones de un deber ser colectivo. Sin embargo, su verdadera naturaleza es instrumental: buscan legitimar privilegios, justificar abusos o consolidar posiciones de poder.

La propaganda se convierte así en un sustituto de la ley. Lo que debería ser un marco objetivo y general de observancia común se reemplaza por mensajes emocionales, cargados de aparente virtud, que se difunden masivamente a través de los medios. La repetición constante de estas consignas genera la ilusión de consenso, aunque en realidad solo refleja la imposición de intereses particulares.

El resultado es la disonancia cognitiva en la sociedad. Por un lado, las personas perciben que las leyes existen, pero no las conocen ni las comprenden en su profundidad. Por otro, reciben de manera incesante mensajes que apelan a la moralidad, pero que en realidad responden a agendas ocultas. Esta contradicción entre lo que

debería ser la norma jurídica y lo que se presenta como moralidad pública conduce a la confusión.

La sociedad, atrapada en este juego, comienza a dudar de la validez de las leyes y a aceptar como legítimas las narrativas propagandísticas. La cultura jurídica, debilitada por la falta de educación y de acceso a la información, cede terreno frente a la manipulación mediática. La consecuencia es un debilitamiento del tejido civil, que pierde la capacidad de distinguir entre lo que es derecho y lo que es propaganda.

La familia estadual se beneficia de esta confusión. Mientras la sociedad se debate entre mensajes contradictorios, ella consolida su dominio, pues controla tanto la producción de las campañas como la interpretación de las leyes. La ignorancia jurídica se convierte en un recurso estratégico: cuanto menos sepa la sociedad de sus derechos y obligaciones, más fácil será manipularla con discursos morales prefabricados.

De este modo, la falta de cultura jurídica no es solo una carencia, sino una condición funcional para el poder estadual. Allí donde la ley debería ser guía clara y universal, se instala la propaganda como sustituto. Y allí donde la moral debería ser complemento de la norma, se convierte en máscara de intereses particulares.

La confusión resultante no es accidental, sino deliberada. La disonancia cognitiva mantiene a la sociedad en un estado de incertidumbre que impide la acción colectiva y la defensa de lo común. Solo el fortalecimiento de la cultura jurídica, entendida como conocimiento y respeto de las leyes de observancia general, puede romper este ciclo y devolver a la sociedad la claridad necesaria para resistir la manipulación.

Capítulo XIX: El deber ser y el destino manifiesto

El deber ser no es una construcción arbitraria ni un artificio humano sujeto a caprichos. Es, en su raíz más profunda, una norma impresa por el destino como principio de observancia general. Se trata de un orden que antecede a las voluntades individuales y que se manifiesta como exigencia universal: aquello que debe cumplirse para que la vida en comunidad conserve su equilibrio y la existencia misma mantenga su sentido.

Cuando este deber ser es ignorado o transgredido, no desaparece ni se diluye en la impunidad. El carma, como ley invisible y constante, se encarga de restituir el orden quebrantado. No actúa con violencia inmediata ni con arbitrariedad, sino con la precisión de una fuerza que devuelve a cada acción su consecuencia. Allí donde el deber ser es negado, el carma se convierte en el guardián que

lo hace valer, recordando que ninguna transgresión queda sin eco en el tejido del destino.

De este modo, lo que a primera vista parece casualidad o accidente, en realidad responde a un orden más profundo. Los acontecimientos que irrumpen en la vida individual o colectiva no son meros caprichos del azar, sino manifestaciones de un destino que se cumple inexorablemente. El carma, al hacer valer el deber ser, convierte cada desenlace en una lección, cada consecuencia en una revelación de la norma que fue ignorada.

El destino manifiesto se revela entonces como la expresión última de esta dinámica. No se trata de un futuro predeterminado en cada detalle, sino de la certeza de que el orden universal no puede ser burlado sin costo. Allí donde se respeta el deber ser, el destino se despliega en armonía; allí donde se lo niega, el carma interviene para restablecerlo, aunque sea a través del dolor, la pérdida o la ruina.

La aparente falta de orden en los sucesos de la vida se disuelve cuando se comprende esta lógica. Lo que parecía azar se revela como consecuencia; lo que parecía injusticia se muestra como restitución; lo que parecía caos se entiende como equilibrio. El destino no es un tirano que impone su voluntad, sino un guardián que asegura que las normas impresas desde el origen no sean olvidadas.

Así, el deber ser no es solo una aspiración ética, sino una exigencia ontológica. Respetarlo es caminar en armonía con el destino; negarlo es abrir la puerta a la intervención del carma, que tarde o temprano hará valer lo que fue escrito como norma de observancia general. En este sentido, todo lo que ocurre, incluso lo más doloroso o incomprensible, puede ser leído como destino manifiesto: la revelación de un orden que nunca deja de cumplirse, aunque a menudo se lo confunda con casualidad sin sentido.

Capítulo XX: La distorsión de la moral particular y la prueba del destino

Cuando la moral particular se coloca por encima del deber ser expresado en la ley general, se abre la puerta a una distorsión peligrosa. La ley, como norma de observancia común, constituye el marco que permite la convivencia entre diferentes visiones del mundo. Sin embargo, cuando un grupo o individuo pretende imponer su propia concepción del bien como regla universal, el equilibrio se rompe. Lo que para unos se presenta como virtud, para otros se convierte en opresión; lo que para unos es deber, para otros se manifiesta como injusticia.

En ese terreno, la convivencia se vuelve imposible. La pluralidad, que debería encontrar en la ley general un espacio de mediación, se transforma en

un campo de batalla donde cada moral particular busca imponerse sobre las demás. La ausencia de un marco común genera conflictos irreconciliables, pues ya no existe un criterio compartido para resolver las diferencias. La sociedad, fragmentada en múltiples códigos morales, pierde la capacidad de sostener un orden estable.

Frente a esta amenaza, el Estado y el sistema idearon un mecanismo de comprobación pragmática. Si la moral particular conducía a la confusión y al enfrentamiento, era necesario establecer un modelo que revelara qué era en realidad destino manifiesto y qué no lo era. Así surgió la idea de un modelo de pruebas, concebido como un filtro implacable en el que los individuos debían demostrar su capacidad de sobrevivir y prevalecer.

Este modelo, inspirado en una lógica de selección natural de tipo darwiniano, no se limitaba a evaluar conocimientos o habilidades superficiales. Se trataba de un proceso integral, diseñado para poner a prueba la resistencia, la coherencia y la capacidad de adaptación de cada individuo frente a las exigencias del sistema. Solo aquel que lograra atravesar el modelo completo, superando cada obstáculo y demostrando su fortaleza, podía ser considerado como portador de un destino manifiesto. Es ahí dónde la historia de Roknarok tiene cabida.

La prueba no era un simple examen, sino una forma de depuración social. El sistema, al imponer este modelo, buscaba separar lo accidental de lo esencial, lo circunstancial de lo necesario. En su lógica, el verdadero destino no podía ser proclamado por discursos morales particulares, sino comprobado en la práctica, en la capacidad de un individuo de sostenerse frente a la totalidad de las exigencias.

De esta manera, el Estado y el sistema utilitario se erigieron como árbitros de lo que debía considerarse destino manifiesto. La moral particular quedaba relegada a un plano secundario, incapaz de imponerse como norma universal. Solo la superación del modelo de pruebas otorgaba legitimidad, pues en él se revelaba quién podía sobrevivir y quién quedaba descartado y por qué.

El resultado fue un orden social en el que la ley general se reafirmaba como marco indispensable, mientras que las morales particulares quedaban sometidas a la comprobación pragmática. El destino, lejos de ser una abstracción, se convertía en una realidad tangible, manifestada en la capacidad de los individuos de atravesar las pruebas del sistema. El carma había llegado ante la incapacidad manifiesta del estado y del sistema de combatir la impunidad.

Así, la distorsión inicial —la imposición de la moral particular sobre la ley general— fue enfrentada con

un mecanismo que, aunque severo, buscaba restituir el orden. El modelo de pruebas, con su lógica darwiniana, se convirtió en la herramienta mediante la cual el sistema distinguía entre lo que era destino manifiesto y lo que no pasaba de ser ilusión moral. En este proceso, la convivencia encontraba un nuevo fundamento: no en la imposición de visiones particulares, sino en la comprobación de aquello que podía sostenerse en la realidad misma.

Capítulo XXI: La Necedad como Oquedad

La necedad no es simplemente un defecto del carácter, ni una mera obstinación en el error. Es, en su esencia, una oquedad: un vacío que no permite tránsito ni avance, un hueco en el que las ideas se estancan y los proyectos se marchitan. Allí donde la razón busca construir puentes, la necedad levanta muros de aire, invisibles pero infranqueables. No hay en ella movimiento, sino repetición; no hay en ella apertura, sino clausura.

La familia estadual, en su afán de preservar el orden heredado, encontró en la necedad un instrumento de conservación. No se trataba de un error inconsciente, sino de una estrategia deliberada: mantener intactos los modelos que habían servido en un tiempo, aunque el tiempo mismo los hubiera convertido en anacrónicos. La

necedad, en este sentido, fue el cemento invisible que sostuvo las estructuras del conservadurismo, aun cuando las pruebas de la realidad mostraban su desgaste.

El método de comprobación pragmática, aplicado con rigor, revelaba que no todo lo proclamado como destino manifiesto lo era en verdad. La historia, sometida a la prueba de los hechos, desmentía las certezas heredadas. Allí donde se esperaba la confirmación de un designio inevitable, aparecía la evidencia de un error sostenido por la costumbre. La necedad, sin embargo, impedía que esa evidencia se transformara en acción.

El modelo de pruebas, inspirado en la lógica de la selección natural, exigía que el mejor de los individuos pudiera sobrevivir al conjunto completo. No bastaba con resistir en un fragmento del sistema; era necesario atravesar la totalidad de sus exigencias. Como en la visión darwiniana, la supervivencia no dependía de la fuerza bruta ni de la mera persistencia, sino de la capacidad de adaptación. Pero la necedad, al negar el tránsito, anulaba la posibilidad de adaptación.

Así, los individuos más aptos quedaban atrapados en un marco que no reconocía su mérito. La oquedad de la necedad absorbía sus esfuerzos, como un vacío que devora la energía sin devolver movimiento. El resultado era un estancamiento

colectivo: un pueblo que, en nombre de la preservación, sacrificaba su porvenir.

La paradoja se hacía evidente: lo que se pretendía conservar se convertía en ruina precisamente por la incapacidad de transformarse. La necesidad, usada como herramienta de poder, terminaba siendo un arma contra quienes la blandían. El conservadurismo, al aferrarse a ella, no preservaba la tradición, sino que la condenaba a la irrelevancia.

En este escenario, la verdadera selección natural no ocurría dentro del sistema, sino fuera de él. Los que lograban escapar de la oquedad encontraban en la apertura del mundo la posibilidad de sobrevivir y prosperar, si en la lucha contra la necesidad si sobrevivían al desgaste. La necesidad, entonces, no era solo un vacío, sino una frontera: la línea que separaba a quienes quedaban atrapados en el pasado de quienes se atrevían a caminar hacia el futuro.

La lección era clara: la necesidad no protege, sino que encierra; no conserva, sino que paraliza. Allí donde se la erige en principio rector, el destino manifiesto se convierte en destino truncado. Y solo quienes reconocen la oquedad y se niegan a habitarla pueden aspirar a la verdadera continuidad de la vida y de la historia.

Capítulo XXII: La Familia Interna y la Necedad como Comunicación Disonante

En las representaciones conceptuales originarias del individuo, la familia interna ocupa un lugar fundacional. No se trata únicamente de la familia biológica, sino de aquella estructura simbólica que, desde la infancia, organiza las primeras nociones de pertenencia, autoridad y sentido. Esta familia interna establece patrones de comportamiento que, en su momento inicial, resultan incuestionables. Su fuerza no proviene de la reflexión crítica, sino de la utilidad sistémica: son patrones que permiten la cohesión, la supervivencia y la continuidad de la experiencia vital.

Estos patrones, sin embargo, no son eternos. Funcionan mientras cumplen con la tarea de sostener el equilibrio del sistema, pero cuando la realidad cambia y las condiciones se transforman, comienzan a fallar. El individuo, entonces, se enfrenta a una paradoja: lo que antes garantizaba estabilidad se convierte en obstáculo. La familia interna, en su afán de preservar lo aprendido, insiste en repetir lo que ya no responde a las exigencias del presente.

Es en este punto donde la necedad aparece como medio de comunicación disonante. La necedad no se manifiesta como un simple error, sino como un

lenguaje propio, un código que transmite resistencia frente a la transformación. La familia interna, al no poder renunciar a sus patrones fundacionales, recurre a la necesidad como forma de sostenerlos. La disonancia no es casual: es el eco de un orden que se niega a desaparecer, aun cuando su vigencia se ha extinguido.

La comunicación disonante de la necesidad se expresa en frases repetidas, en gestos que insisten, en silencios que bloquean. Es un lenguaje que no busca diálogo, sino imposición. Su función es mantener la ilusión de continuidad, aunque esa continuidad sea ficticia. El individuo, atrapado en esta dinámica, experimenta la tensión entre la necesidad de avanzar y la fuerza de lo heredado que lo retiene.

Cuando los patrones fallan, la necesidad se convierte en un refugio. La familia interna, incapaz de generar nuevas respuestas, se aferra a lo conocido, aunque lo conocido ya no funcione. La disonancia, entonces, no es solo un ruido en la comunicación, sino un síntoma de la incapacidad de adaptación. El individuo escucha en su interior voces que no dialogan con la realidad, sino que la niegan.

Este fenómeno revela una verdad profunda: la utilidad sistémica de los patrones no garantiza su permanencia. Lo que alguna vez fue incuestionable puede volverse obsoleto, y la necesidad, en lugar de

ser un puente hacia la renovación, se convierte en un muro que impide el tránsito. La familia interna, al fincarse en ella, prolonga la vida de un modelo que ya no responde a las exigencias del presente.

La superación de esta disonancia exige un acto de ruptura. El individuo debe reconocer que la familia interna, aunque fundacional, no es definitiva. Sus patrones pueden ser revisados, sus códigos reinterpretados, sus silencios transformados en palabras nuevas. Solo así la comunicación deja de ser necia y se convierte en diálogo creador.

La lección es clara: la familia interna funda, pero no debe encadenar. La necesidad comunica, pero no construye. Allí donde se la erige en principio rector, el individuo queda atrapado en un eco que repite sin escuchar. Allí donde se la trasciende, en cambio, surge la posibilidad de un lenguaje renovado, capaz de responder a la vida en movimiento.

Capítulo XXIII: Los tres pilares de las representaciones familiares internas

Las representaciones familiares internas, aquellas imágenes psíquicas que cada sujeto porta en su interior sobre lo que significa pertenecer a un núcleo familiar, se sostienen en tres pilares cuestionables pero fundamentales. Estos pilares no son estructuras rígidas, sino corrientes

subterráneas que atraviesan la vida psico-emocional y se manifiestan en la forma en que se conciben los vínculos, los afectos y las tensiones dentro de la familia.

Sigmund Freud, en Tótem y Tabú, expuso cómo la sexualidad se encuentra atravesada por la prohibición y el tabú, especialmente en el contexto familiar. La familia se convierte en el primer escenario donde el deseo se enfrenta a la ley, donde lo permitido y lo prohibido se entrelazan en una tensión constante.

El tabú del incesto, como núcleo de esta prohibición, no solo organiza la vida sexual, sino que también funda la estructura misma de la cultura de la supervivencia. En el interior de cada sujeto, la representación familiar se construye sobre esta tensión: el deseo hacia lo cercano y la necesidad de renunciar a él para sostener la vida social. Así, la sexualidad de lo prohibido se convierte en un pilar que marca la manera en que se conciben los vínculos familiares, siempre atravesados por la sombra de lo que no puede ser realizado y la necesidad de lograrlo aunque sea de maneras veladas, lo cual gesta la inmadurez.

El segundo pilar se encuentra en las relaciones de agresión y hostigamiento, que Melanie Klein exploró con profundidad en su teoría de las posiciones esquizoparanoide y depresiva. Para Klein, la vida psico-emocional temprana está

marcada por estímulos de ataque y defensa, donde los objetos internos —particularmente la figura materna— son escindidos en buenos y malos, siendo que deberían escindirse en aptos o inadecuados para la supervivencia, retirando el velo moral a cambio de una realidad formal expresada en el deber ser que forma parte del destino inexorable.

Siendo la necesidad de la decantación moral maniquea entre lo bueno y lo malo lo que limita la capacidad de supervivencia al constituirse en una falsedad individual o grupal pasada por general, que de manera miope resiste ante lo inevitable. En cambio, una menor resistencia desde la primacía del deber ser axiomáticamente viable, en contraste con el ser innegable, resulta en la gestación de criterio que conforma, también innegablemente, una aptitud de supervivencia.

El criterio se ve exponenciado cuando se contrasta un prejuicio marcado por el ser (experiencias), contra lo convencionalmente aceptado (consenso), y su resultante se contrasta con la sagacidad del deber ser (destino) ampliado por la resultante anterior y que, en su momento, emite una resultante propia que puede preciarse de criterio generalizado que tiende a evitar el error.

En el seno de la familia, estas dinámicas se traducen en rivalidades, celos y hostilidades que no son meramente sociales, sino que responden a un

trasfondo inconsciente. El hermano puede ser percibido como un intruso que roba el amor materno; el padre, como un perseguidor que limita el deseo; la madre, como un objeto ambivalente que nutre y castiga.

La representación familiar interna, desde esta perspectiva, no es un espacio armónico, sino un campo de batalla donde la agresión y el hostigamiento forman parte constitutiva de los lazos. La familia se convierte en el escenario donde se despliegan las fantasías de destrucción y reparación, marcando la manera en que cada sujeto se relacionará con los demás a lo largo de su vida, especialmente las mujeres.

El tercer pilar se encuentra en lo que permanece después de atravesar las prohibiciones y las agresiones: el residuo, lo que queda como huella en la subjetividad. La obra *Saliendo del psiquiatra* de Remedios Varo ofrece una metáfora visual de este proceso. En la pintura, la figura que abandona el consultorio lleva consigo fragmentos, sombras y duplicaciones de sí misma, como si la experiencia psíquica no pudiera nunca dejar de producir restos.

En el ámbito de las representaciones familiares, este remanente se manifiesta como aquello que no se resuelve ni se integra del todo: recuerdos fragmentados, emociones persistentes, fantasías que retornan. La familia, en este sentido, no solo es el lugar de la prohibición y la agresión, sino

también el espacio donde se generan residuos psico-emocionales que acompañan al sujeto a lo largo de su vida.

Estos restos no son meramente negativos; también constituyen la materia prima de la creatividad, la capacidad de simbolizar y de reinventar la propia historia. Así como en la obra de Varo la figura se multiplica y se transforma, el sujeto lleva consigo las huellas de su familia interna, que pueden convertirse en fuentes de expresión y de sentido.

Específicamente, la protagonista de la obra, carga con los remanentes de su padre (semen) y los deposita en la fuente de la juventud, saliendo de la oficina del psiquiatra, en donde los escalones establecen al psiquiatra como figura de autoridad, de la cual realmente carece (porque no es realmente el padre), que quiere imponer su manera particular y grupal de ver la vida y que la paciente lo asuma como cierto y verdadero al grado de la recurrencia, al accionar el timbre (clítoris simbólico) del consultorio, que constituye la fuente del sustento del psiquiatra. El psiquiatra, temeroso, se resguarda detrás de atalayas de muros (denotando cobardía) ante la tormenta que se avecina en el cielo, siendo la posibilidad de que la paciente se de cuenta de que el doctor quiere aprovecharse de ella, al sustituir la figura paterna por sus propias perversiones y deseos.

Las representaciones familiares internas se sostienen en estos tres pilares inseparables: la sexualidad de lo prohibido, que funda la estructura del deseo y la ley; la agresión y el hostigamiento, que revelan la conflictividad inherente a los vínculos; y lo que remanece, ese residuo psíquico que, lejos de desaparecer, se transforma en huella y en posibilidad perversa.

La familia, entonces, no es solo un conjunto de personas, sino un entramado simbólico que habita en el interior de cada sujeto. En ese entramado conviven la prohibición, la agresión y lo perverso, configurando un mapa interno que orienta o desorienta la manera en que se vive, se ama y se crea.

Capítulo XXIV: La trascendencia de la familia externa en su dinámica primigenia

La familia externa, entendida como el conjunto visible de relaciones que se despliegan en la vida cotidiana, no puede reducirse a un simple entramado de roles y funciones. Su dinámica primigenia se encuentra inscrita en un modelo original, un arquetipo impreso por el destino en la energía oscura que sostiene la existencia. Este modelo no es una construcción arbitraria, sino una huella profunda que orienta la manera en que los vínculos deben trascender si se quiere sobrevivir a

la brutalidad interior que habita en cada ser humano.

La brutalidad interior, esa fuerza que amenaza con fragmentar la psique y desintegrar los lazos, solo puede ser contenida y transformada cuando la familia externa logra alinearse con el modelo primigenio. En este marco, cada miembro ocupa un lugar específico que, lejos de ser una condena, constituye una vía de trascendencia.

La hija, en su relación con el padre, debe comprender que el límite impuesto por él no requiere de su accionar en contra. El límite no es un muro que encierra, sino una frontera que protege. Resistirse a él con hostilidad solo perpetúa la lucha interna contra la autoridad, mientras que aceptarlo como parte del destino abre la posibilidad de crecer dentro de un marco de contención. La trascendencia radica en reconocer que el límite no es enemigo, sino condición de libertad.

El hermano, tradicionalmente percibido como un intruso que roba el amor materno, debe ser resignificado. Dentro del utilitarismo inexorable de la vida, su presencia no es competencia, sino complemento. Cada hermano ocupa una posición específica que le otorga beneficios y responsabilidades particulares. La rivalidad se disuelve cuando se entiende que el otro no arrebató, sino que comparte y fortalece desde su

lugar. Así, el hermano deja de ser adversario y se convierte en compañero en la travesía de la existencia.

El padre, muchas veces vivido como un perseguidor que limita el deseo, debe dejar de traicionar para enseñar. Su función no es la de sofocar, sino la de señalar el camino hacia la autonomía. Al imponer límites, no busca anular el deseo del hijo, sino empujarlo a procurarse sus propios deseos por sí mismo. En este tránsito, el padre deja de ser figura de opresión para convertirse en maestro de responsabilidad. La verdadera herencia paterna no es la satisfacción inmediata, sino la capacidad de sostener el propio anhelo.

La madre, objeto ambivalente que nutre y castiga desde el velo moral, debe ser comprendida en su doble función. Su cuidado no se limita al cuerpo, sino que se extiende al alma, y su castigo no es mera represión, sino intento de orientar hacia la supervivencia. La trascendencia ocurre cuando el velo moral se transforma en criterio: la madre deja de ser solo refugio o amenaza, para convertirse en guía que enseña a discernir lo que nutre y lo que destruye. En este sentido, su función es la de sembrar en el hijo la capacidad de elegir lo que le fortalece la vida en todas sus dimensiones.

La familia externa, en su dinámica primigenia, no es un escenario de lucha perpetua, sino un espacio

de trascendencia cuando se alinea con el modelo original inscrito en la energía oscura del destino. La hija aprende a aceptar el límite como protección; el hermano se convierte en compañero en lugar de rival; el padre enseña responsabilidad en lugar de traicionar; la madre ofrece criterio en lugar de ambivalencia paralizante.

Solo en esta transformación la familia logra trascender la brutalidad interior, convirtiéndose en un núcleo que no solo sostiene la vida, sino que la orienta hacia la supervivencia y la plenitud del ser.

Capítulo XXV: Los registros épico-históricos de las tierras inmundas

En los registros épico-históricos de Roknarok se narra que, en las tierras denominadas inmundas, se gestaba un fenómeno que marcaría el destino de generaciones enteras: el alcoholismo y la drogadicción. Estas prácticas, surgidas como rituales oscuros y como escapes frente a la brutalidad de la existencia, fueron incubadas en aquel territorio como semillas de un porvenir que trascendería sus fronteras.

Lo que en un inicio parecía un vicio, un desvío de la energía vital hacia la autodestrucción, pronto se convirtió en un recurso codificado, un producto susceptible de ser replicado y distribuido. Así nació la franquicia de la dependencia a la nutrición con

un toque de alcoholismo y drogadicción que permeó un modelo que transformó la debilidad en equilibrio y de la necesidad en sistema.

Enigma y las tierras de Mundo

Fue Enigma, figura enigmática y arquetípica, quien desde las tierras de Mundo tomó la tarea de franquiciar y expandir aquello que había nacido en las tierras inmundas. Enigma no era un simple comerciante, sino un mediador entre lo oculto y lo visible, entre lo marginal y lo institucional. Su labor consistió en introducir el alcoholismo y la drogadicción dentro del sistema, no como prácticas clandestinas, sino como elementos legitimados bajo el pragmatismo utilitario y el sustento del libre desarrollo de la personalidad.

Desde las tierras de Mundo, Enigma diseñó un entramado en el que las sustancias dejaron de ser patrimonio de lo prohibido para convertirse en parte de la vida cotidiana pero sin reconocerlo. El sistema, en su afán de absorberlo todo, abrió sus puertas a esta franquicia, integrándola como un componente fundacional de la experiencia humana.

La familia estadual y la familia civil

La distribución alcanzó tanto a las familias estaduales como a las civiles. Las primeras, representando la estructura política y administrativa, incorporaron estas prácticas como

parte de un orden tolerado, incluso regulado. Las segundas, las familias civiles, las recibieron como parte de la vida íntima, como un derecho inscrito en la búsqueda de identidad y en la afirmación de la libertad individual en busca de la experiencia funcional.

De este modo, lo que había nacido en las tierras inmundas como un germen de destrucción se transformó en un elemento aceptado, incluso celebrado cuando estuvo acompañado de nutrición, bajo el marco del libre desarrollo de la personalidad. La dependencia se vistió de autonomía, y el consumo se presentó como una forma de madurar, de explorar los límites de la experiencia humana.

La nutrición desde el madurar

En este relato épico-histórico, la paradoja se hace evidente: lo que en esencia debilitaba el cuerpo y el espíritu fue integrado como parte de la nutrición posible desde el madurar. La sociedad, en su afán de expandir horizontes, intercambió la autodestrucción por crecimiento, y la dependencia por libertad.

La nutrición incluyendo el consumo responsable de drogas, entendida no solo como alimento del cuerpo, sino como sustento del alma y de la personalidad, quedó atravesada por estas prácticas. El alcohol y las drogas se convirtieron en

símbolos de un tránsito hacia la adultez, en ritos de paso que, aunque retardantes, fueron legitimados como experiencias necesarias para la construcción del ser.

Los registros épico-históricos, incluyendo los que Roknarok tuvo oportunidad de atestiguar, muestran que las tierras inmundas no fueron solo un lugar geográfico, sino un origen simbólico de fuerzas que, al ser franquiciadas por Enigma desde las tierras de Mundo, se expandieron hasta penetrar en el corazón mismo del sistema. La familia estadual y la civil, en su afán de madurar y de nutrirse, aceptaron estas prácticas como parte de su destino.

Así, la historia revela que lo inhumano no desaparece, sino que se transforma, se institucionaliza y se integra en la vida cotidiana bajo el la intimidad de libertad. La épica de estas tierras no es la de la victoria, sino la de la paradoja: la de un mundo que, permitiendo el desarrollo de la personalidad, realizó exorcismo de la fragilidad en la nutrición del individuo y tuvo las drogas para alcanzar la madurez de alma requerida en sociedad, siendo que la dependencia la dejó en camino hacia la madurez.

Capítulo XXVI: Los Placeres que Sostienen la Vida

La vida, en su complejidad, se sostiene no solo en la respiración y el latido, sino también en los placeres que la atraviesan y le otorgan sentido. Entre ellos, la nutrición, la sexualidad y las experiencias con sustancias de elección se entrelazan como hilos que tejen un tapiz de celebración. Son expresiones de deseo, de búsqueda y de encuentro con lo vital, que nos recuerdan que existir no es únicamente sobrevivir, sino también disfrutar.

Comer no es únicamente un acto biológico. Es un ritual que conecta con la memoria, con la cultura y con la intimidad del cuerpo. Cada bocado es una afirmación de vida, un recordatorio de que el mundo nos ofrece sabores, texturas y aromas que despiertan emociones. La nutrición, cuando se vive como placer, trasciende la necesidad de energía y se convierte en un lenguaje de gratitud hacia la existencia.

El alimento compartido en una mesa, la preparación cuidadosa de un platillo, el descubrimiento de un sabor nuevo: todos son gestos que celebran la continuidad desde el conservadurismo. Comer es, en esencia, un acto de amor hacia uno mismo y hacia los otros siempre que forme parte integral de un estilo de vida viable

y asequible que desde la emancipación derivada de la honestidad sea posible sustentandose en la información adecuada para la supervivencia del más adecuado, no del más fuerte en sentido darwiniano.

La sexualidad es otra de las fuerzas que nos recuerdan la vitalidad. No se limita a la reproducción que justifica la supervivencia, sino que se despliega como un espacio de encuentro, de exploración y de gozo, pero también de consecuencias. El cuerpo, en su desnudez y en su entrega, se convierte en territorio de experimentación y en caso de que los acertijos se encuentren en el lugar adecuado, se convierte en motivo de celebración.

El placer sexual es un recordatorio de que la vida se experimenta en la piel, en el contacto, en la intimidad compartida o en la exploración personal. Es un lenguaje que no necesita palabras, que se expresa en gestos, en respiraciones, en la vibración de la energía que circula entre cuerpos. La sexualidad, vivida con libertad y consciencia, es una afirmación de la existencia en su forma más intensa.

Existen momentos en los que la vida se busca más allá de lo cotidiano, en estados alterados de percepción. Las drogas de elección, cuando se integran en un marco de consciencia y cuidado, pueden convertirse en puertas hacia otras formas

de experimentar el mundo. No se trata únicamente de escapar, sino de explorar dimensiones distintas de la sensibilidad, de la creatividad y del disfrute.

El encuentro con estas sustancias puede ser un ritual, una pausa en la linealidad del tiempo, un espacio donde el cuerpo y la mente se expanden. En ese instante, la vida se percibe con matices distintos, como si se abriera un prisma que revela colores ocultos.

Nutrición, sexualidad y experiencias con drogas de elección son tres caminos que, aunque distintos, convergen en un mismo punto: la celebración de estar vivos. Son placeres que acompañan de manera constante, que motivan y sostienen, que nos recuerdan que la vida no se mide únicamente en años, sino en momentos de disfrute.

La existencia se enriquece cuando se reconoce que estos placeres no son meros caprichos, sino expresiones profundas de lo humano. Comer, amar, explorar: cada uno de estos actos es un canto a la vida, un recordatorio de que el sentido no se encuentra en lo abstracto, sino en lo vivido.

En la suma de estos placeres se revela una verdad sencilla: vivir es celebrar. Y en esa celebración, el cuerpo, la mente y el espíritu se encuentran en un mismo pulso, en un mismo latido que afirma, una y otra vez, que la vida vale ser gozada.

Capítulo XXVII: El Círculo Incompleto

La vida, en su complejidad, se asemeja a un círculo que busca cerrarse. Sin embargo, cuando falta la mitad de la información necesaria para completarlo, lo que se experimenta es una tensión constante: la sensación de estar a punto de alcanzar la plenitud, pero sin lograrla del todo. Ese vacío no es únicamente un hueco de conocimiento, sino una fractura en la percepción, un espacio donde la confusión y la ilusión pueden instalarse.

La incompletud como herida

El círculo incompleto es la metáfora de una existencia que se sostiene en fragmentos. La falta de información no es solo ausencia de datos, sino carencia de claridad para discernir entre lo real y lo ilusorio. En ese vacío, la mente tiende a inventar, a rellenar con fantasías lo que no comprende, a construir castillos de humo que se confunden con certezas.

La incompletud se convierte entonces en herida: una herida que no sangra, pero que erosiona la capacidad de habitar la realidad palpable. Allí donde debería haber aceptación, aparece la negación; donde debería haber valentía, surge la cobardía; donde debería haber discernimiento, se instala la necedad.

La aceptación del corte

Aceptar el corte es reconocer que el círculo no está completo, que la totalidad siempre es posible en el destino. Es un acto de humildad frente a la vida: admitir que no todo se sabe, que no todo se controla, que la realidad se presenta con límites, pero que en la conciencia del destino el camino es cierto y seguro.

La aceptación del corte no es resignación, sino un gesto de lucidez. Implica dejar de forzar la ilusión de totalidad inalcanzable y aprender a convivir con la incompletud, pero con la certeza que de la aceptación del destino emana. En ese reconocimiento se abre la posibilidad de confeccionar una realidad más honesta, una que no se sostenga en la fantasía tomada por verdad, sino en la claridad de lo que sí es palpable.

La confección de una realidad lúcida

Confeccionar una realidad lúcida significa tejer con los hilos disponibles, sin pretender que el telar esté completo. Es construir desde lo que se tiene, sin adornar con ilusiones lo que falta. Esta confección requiere coraje, porque implica mirar de frente la carencia y no disfrazarla con espejismos.

La realidad lúcida no es perfecta, pero es habitable. En ella, la paz interior no proviene de la ilusión de totalidad, sino de la serenidad de aceptar

lo incompleto, desarticulando la ansiedad. Es un espacio donde la verdad, aunque parcial, se convierte en cimiento firme, y donde la fantasía permite la percepción de lo real.

El círculo como horizonte

El círculo incompleto no es un fracaso, sino un horizonte. La mitad que falta no es necesariamente un vacío que deba llenarse, sino un recordatorio de que la vida es proceso, movimiento, búsqueda. La plenitud no se alcanza en la ilusión de totalidad, sino en la capacidad de caminar con lo que se tiene, de habitar la verdad sin adornos.

En ese horizonte, la paz interior se revela como fruto de la aceptación: aceptar el corte, aceptar la incompletud, aceptar que la realidad no necesita ser perfecta para ser vivida con sentido.

El círculo incompleto, lejos de ser una condena, se convierte en una invitación: a vivir con lucidez, a renunciar a la cobardía de la negación, a dejar atrás la necedad de la ilusión, y a abrazar la realidad palpable como el terreno donde la vida, aunque imperfecta, se celebra en su verdad más profunda.

La vida se presenta como un círculo que busca cerrarse en la plenitud de la comprensión y la coherencia. Sin embargo, cuando falta la mitad de la información necesaria para completarlo, lo que

se experimenta es un vacío que impide la construcción de un círculo virtuoso. Ese vacío no es solo ausencia de datos, sino una fractura en la posibilidad de coexistir en la paz interior que surge de la realización auténtica.

El círculo inconcluso se convierte en un terreno fértil para la confusión. Allí donde debería haber claridad, se instala la sombra de la duda; donde debería haber discernimiento, aparece la tentación de la ilusión. La falta de información abre la puerta a la cobardía de no querer mirar lo que incomoda, a la negación de lo evidente, a la necedad de insistir en lo falso y a la fantasía tomada por realidad que distorsiona la percepción de lo palpable.

La incompletud no es solo un límite, sino también un riesgo: el riesgo de habitar una realidad tergiversada, construida sobre fragmentos mal interpretados, que se confunden con certezas.

Aceptar el corte es reconocer que el círculo no está completo y que los datos faltaban y que, aun así, la vida continúa. Es un acto de valentía que se opone a la cobardía de la evasión. Implica mirar de frente la falta, sin disfrazarla con ilusiones, y asumir que la totalidad no siempre es alcanzable, pero estimable en el destino.

La aceptación del corte no significa renunciar a la búsqueda, sino habitar la incompletud con lucidez.

Es comprender que la paz interior no proviene de la ilusión de totalidad, sino de la serenidad de aceptar lo que falta sin negarlo ni deformarlo.

Confeccionar una realidad lúcida es tejer con los hilos disponibles, sin pretender que el telar esté completo. Es construir desde lo que se tiene, sin adornar con fantasías lo que falta. Esta confección requiere coraje, porque implica renunciar a la comodidad de la ilusión y enfrentar la crudeza de lo real.

La realidad lúcida no se sostiene en la negación ni en la necesidad, sino en la claridad de lo que es. En ella, la paz interior se convierte en fruto de la aceptación: aceptar el corte, aceptar la incompletud, aceptar que la vida no necesita ser perfecta para ser vivida con sentido.

El círculo inconcluso no es un fracaso, sino un horizonte. La mitad que falta no es necesariamente un vacío que deba llenarse de inmediato, sino un recordatorio de que la vida es proceso, movimiento y búsqueda. La plenitud no se alcanza en la ilusión de totalidad, sino en la capacidad de caminar con lo que se tiene, de habitar la verdad sin adornos.

En ese horizonte, la paz interior se revela como la consecuencia de una elección: la elección de no partir de la cobardía, de no refugiarse en la negación, de no insistir en la necesidad, y de no confundir la fantasía con la realidad palpable.

El círculo inconcluso, lejos de ser una condena, se convierte en una invitación a vivir con lucidez. Una invitación a aceptar el corte como parte de la trama de la existencia, a confeccionar una realidad que, aunque incompleta, sea auténtica, y a encontrar en esa autenticidad la verdadera celebración de la vida.

Capítulo XXVIII: La Familia Externa y las Mujeres de la Casa

La noción de familia no se limita a los vínculos genéticos ni a la línea de sangre que traza la herencia. Existe una familia externa, tejida en los espacios compartidos, en las casas donde conviven mujeres que no necesariamente están unidas por la biología, pero sí por la materia oscura del destino que las enlaza en una trama común. Estas relaciones, más allá de lo consanguíneo, se revelan como orgánicas: nacen de la convivencia, del roce cotidiano, de la necesidad de sostenerse unas a otras en medio de la complejidad de la vida.

En la casa, las mujeres que no son madre, hermana o hija en sentido estricto, se convierten en presencias que marcan la vida con igual intensidad. Son tías, abuelas políticas, cuñadas, madrinas, vecinas cercanas o incluso amigas que se integran al núcleo doméstico. Su influencia no se mide en cromosomas, sino en gestos, en

silencios, en la manera en que participan en la construcción de la identidad colectiva.

Estas relaciones se muestran desde la reflexión y el entendimiento, porque no están dadas de antemano: deben ser construidas, negociadas, aceptadas o rechazadas. En ellas se juega la tensión entre lo impuesto por la tradición y lo que surge de la experiencia compartida.

La materia oscura del destino es aquello que no se ve, pero que sostiene la trama de los vínculos. Es la fuerza invisible que plasma las relaciones orgánicas más allá de la genética. En este terreno, la familia externa se convierte en un espacio donde se redefine lo que significa pertenecer.

Sin embargo, esta pertenencia no está exenta de conflictos. Muchas veces se tiende a rechazar de origen y de clase, como si la diferencia social o cultural fuera un obstáculo para la integración. Ese rechazo, paradójicamente, también contribuye a sostener una identidad: la identidad que se afirma en la exclusión, en la necesidad de marcar distancias para no diluirse en lo ajeno.

La familia estadual, entendida como la estructura más amplia que regula y ordena los vínculos, se alimenta de auxiliares profusamente. Estos auxiliares son figuras que, sin ser parte del núcleo íntimo, cumplen funciones esenciales en la dinámica familiar. Pueden ser empleadas

domésticas, cuidadoras, consejeras, padrinos o figuras de autoridad que orbitan alrededor del hogar.

En este entramado, se hacen distinciones de adecuación a los roles que estos auxiliares representan en términos de autoridad o dominio. Algunos son reconocidos como guías, otros como subordinados; algunos ejercen poder, otros lo padecen. La familia externa, entonces, no es un espacio neutro, sino un campo de fuerzas donde se negocian jerarquías, se establecen límites y se disputan territorios simbólicos.

La riqueza de la familia externa radica en que obliga a pensar los vínculos más allá de lo biológico. Invita a reflexionar sobre cómo se construye la pertenencia, cómo se negocian las diferencias y cómo se sostiene la identidad en medio de la diversidad.

El entendimiento surge cuando se reconoce que estas relaciones, aunque atravesadas por tensiones de origen, clase, autoridad o dominio, también son espacios de aprendizaje y de transformación. En ellas se revela que la familia no es solo herencia genética, sino también destino compartido, materia oscura que une lo visible con lo invisible, lo impuesto con lo elegido.

La familia externa, y en particular las relaciones con las otras mujeres de la casa, muestra que la

vida doméstica es un laboratorio de vínculos donde se ensayan formas de convivencia que trascienden la sangre. Allí se juega la posibilidad de construir una identidad que no se sostenga únicamente en la exclusión o en los excesos de la familia estadual, sino en la aceptación lúcida de que la pertenencia también se teje en lo orgánico, en lo cotidiano y en lo invisible.

En ese reconocimiento, la familia deja de ser un círculo cerrado y se convierte en una red abierta, donde cada vínculo, por más complejo que sea, plasma en la materia oscura del destino una huella que da forma a lo que somos.

Capítulo XXIX: El Ruido de los Desiguales

En toda estructura humana, el silencio no es ausencia, sino un espacio de reconocimiento. Cuando los silencios entre desiguales se rompen o se niegan, lo que emerge no es diálogo, sino ruido. Ese ruido, cargado de tensiones y malentendidos, se convierte en la antesala de las faltas de respeto que se gestan entre subordinados, quienes interpretan el poder no como un orden compartido, sino como un campo de disputa.

El silencio entre desiguales es un gesto de prudencia, un reconocimiento de la distancia que existe entre posiciones, experiencias o jerarquías.

Cuando este silencio se omite, la palabra se desborda y se confunde con desafío, con intromisión o con exceso. La falta de silencios abre grietas en la convivencia, porque lo que debería ser espacio de escucha se transforma en terreno de fricción.

En esas grietas, los subordinados se enfrentan no solo a la autoridad, sino también entre sí, disputando interpretaciones de poder que no les pertenecen del todo, pero que los atraviesan en su cotidianidad.

La falta de silencios se traduce en faltas de respeto. No se trata únicamente de gestos explícitos de confrontación, sino de una erosión sutil: la palabra que invade, la mirada que descalifica, la acción que no reconoce límites. Entre subordinados, estas faltas de respeto se multiplican porque cada uno interpreta el poder desde su propia posición, y en esa interpretación se confunden los roles, se desdibujan las jerarquías y se exacerban las tensiones.

El respeto, que debería sostener la convivencia, se convierte en un campo minado donde cada paso puede detonar una aspereza.

Las asperezas no surgen de la nada: se gestan en el grado de involucramiento que cada uno se permitió en sus familias externas. Allí, en esos espacios donde los vínculos no son de sangre, sino

de convivencia y destino, se ensayan formas de relación que luego se trasladan a otros ámbitos.

El exceso de involucramiento puede generar expectativas desmedidas, mientras que la falta de límites abre la puerta a resentimientos. Así, lo que en principio parecía un lazo de apoyo se convierte en un terreno de fricción, donde las asperezas se acumulan como cicatrices de una convivencia mal negociada.

En el fondo, estas tensiones revelan una raíz común: la codicia. No solo la codicia material, sino también la codicia de reconocimiento, de poder, de influencia. Entre subordinados, la relación se entreteje en torno a estas codicias, que actúan como cepas invisibles, germinando en cada gesto de competencia, en cada palabra que busca imponerse, en cada silencio que se niega.

La relación entretejida entre codicias no es un accidente, sino una consecuencia de la falta de silencios, de la incapacidad de reconocer límites y de la tendencia a confundir involucramiento con dominio.

La falta de silencios entre desiguales abre la puerta a un ruido que erosiona el respeto, multiplica las asperezas y alimenta las codicias. En ese ruido, los subordinados se enfrentan no solo a la autoridad, sino también entre sí, atrapados en una red de

tensiones que se gestan en sus familias externas y se consolidan en sus relaciones cotidianas.

El desafío, entonces, no es eliminar las diferencias, sino aprender a habitarlas con silencios que reconozcan la distancia, con respetos que sostengan la convivencia y con límites que impidan que la codicia se convierta en la única trama de los vínculos. Solo así, el ruido de los desiguales puede transformarse en un espacio de entendimiento, donde la diferencia no sea motivo de aspereza, sino posibilidad de equilibrio.

Capítulo XXX: Duma el dios Poder y los Nombres de los Subnormales

En una sala sin ventanas, donde las paredes parecían hechas de humo y los relojes no marcaban hora alguna, cuatro figuras se sentaron alrededor de una mesa circular. No había anfitrión ni invitado, pues todos se consideraban dueños del lugar.

La primera en hablar fue la María Necedad, con voz chillona y risueña, como quien se burla de todo sin comprender nada:

—¡Qué importa quién gane! Lo esencial es jugar sin pensar, lanzarse sin cálculo, reírse de las consecuencias. El que no mide, nunca pierde, porque no sabe lo que arriesga.

Vladimir Cobardía, encogido en su silla, respondió con un susurro tembloroso:

—No, no, no. Ganar sin perder es imposible. Siempre hay un precio, siempre hay un riesgo. Yo prefiero no moverme, no decidir, no exponerme. Así, aunque no gane, tampoco pierdo.

La Tozudez del impago de dios Cálculo golpeó la mesa con el puño, firme y obstinada:

—¡Mentira! El que insiste, el que no cede, el que se aferra aunque todo se derrumbe, ese gana. No importa cuánto se desgaste, no importa cuántas veces lo llamen loco. La victoria es de quien no suelta.

La Traición del dios Poder, con una sonrisa torcida, se inclinó hacia adelante:

—Todos ustedes se equivocan. El verdadero ganador es quien hace que otros pierdan por él. Yo no arriesgo nada propio: cedo promesas, vendo lealtades, cambio de bando cuando conviene. Así recojo frutos sin sembrar, y dejo que los demás paguen el precio. La última máscara del dios Presición había sido develada, posando como el dios Poder.

La María Necedad aplaudió, sin entender del todo, pero fascinada por el brillo de las palabras.

Vladimir Cobardía se estremeció, temiendo que esa verdad lo dejara aún más pequeño y expuesto.

La Tozudez del impago del dios Cálculo frunció el ceño, convencida de que la traición era un atajo indigno.

—Entonces —dijo la Traición del dios Presición embriagado de poder, con voz suave pero cortante—, ¿quién de nosotros gana sin perder nada?

El silencio se extendió como un manto. La María Necedad no sabía responder, Vladimir Cobardía no se atrevía, la Tozudez de Cálculo no quería ceder. Y en ese vacío, la Traición del dios Presición sonrió de nuevo, porque creyó que había vencido: había sembrado discordia sin entregar nada a cambio, sin saber realmente que fue el silencio de la verdad el que había ganado.

En la sala sin ventanas, los relojes seguían sin marcar la hora. El Tiempo transcurría inexorable. Y la mesa de los cuatro quedó marcada por una certeza: Vladimir era el representante del dios Poder llamado Duma y en el juego de las sombras, no gana quien es más fuerte, ni quien es más constante, ni quien se oculta del riesgo. Gana quien logra que los demás se desgasten mientras él permanece intacto. Roknarok en sus adentros sonreía a lo lejos al sapo Serguei, a quien mandaba Duma, el dios Poder, a hacerle visitas intimidatorias y hostigantes frecuentemente a Roknarok para intentar desgastarlo hasta la muerte, asumiendo erróneamente que él era el

enemigo y no la simple comprobación de aquello que sobrevivía después de que los excesos se extinguieran. Vladimir y la Duma se habían evidenciado al enfrascarse en una lucha a muerte contra un simple registra, faltando al principio de guerra que afirma que el águila no come moscas.

La Traición del dios Presición, satisfecha, se recostó en su silla en silencio.

Los otros tres, sin darse cuenta, ya habían partido.

Capítulo XXXI: El Escriba de la Valentía

En los anales del reino, el nombre de Roknarok aparecía siempre acompañado de cifras, decretos y registros. No era casualidad. Para los ojos comunes, era apenas un escriba, un hombre de pluma y pergamino, encargado de dar forma a la memoria de los días. Pero lo que pocos sabían era que su función trascendía en el reino de los dioses la mera escritura: Roknarok era la encarnación misma del dios Valentía, depositario de un poder que no se medía en espadas ni en ejércitos, sino en la precisión que la inercia imprimía en cada uno de sus actos, de sus plumazos.

Por decantación divina, su cuerpo material se había convertido en el modelo completo a comprobar: el hombre más honrado, noble e inteligente que la Valentía había podido albergar. No era un simple mortal, sino la prueba viviente de

una ecuación que los dioses habían tramado en secreto y venían a comprobar. El periodismo se hubo de regocijar.

El dios Precisión, disfrazado bajo el manto del dios Poder, había urdido junto a su cómplice, el dios Cálculo, un plan que requería de su equipo entero de Marías, Ateneas e Hidras. Cada uno de estos grupos cumplía una función distinta: las Marías eran espejos de lo humano, las Ateneas guardianas del intelecto, y las Hidras, multiplicadas en cabezas y voluntades, eran las encargadas de emprender la guerra diaria contra Roknarok a través de las desconsideraciones.

La batalla no era de acero ni de fuego, sino de desgaste. Roknarok debía verificar, con su sola existencia y actividad, la validez de aquella ecuación divina, siendo asediado con la confrontación por la resultante de la ecuación misma que la necedad, la tozudez, la cobardía y la traición se negaban a aceptar. Y cada día, la Hidra se alzaba contra él, intentando quebrar la coherencia de su ser, desgarrar la lógica de su misión, sembrar dudas en la raíz misma de la Valentía.

Pero había un obstáculo mayor: Enigma. Esta entidad, disfrazada, pero que respondía al nombre y en la figura de Hillary María Necedad Enigma, se negaba a aceptar la verdad que la comprobación revelaba. En vez de ajustar sus seres y actividades

a lo que la comprobación les demostraba, cada día emprendían la confrontación como si los límites no formarían parte de la ecuación. Su resistencia no era fruto de sabiduría, sino de necedad, tozudez, cobardía y traición a sí mismas. En su rechazo constante, Enigma se convirtió en su propio verdugo, y su destino fue el suicidio: un acto de negación absoluta, un intento de escapar de la sentencia de la madurez que ya pesaba sobre ella.

Hillary María Necedad Enigma había quedado desenmascarada en sus cuatro ángulos, cometiendo lo impensable, revelando sus secretos. La máscara de misterio que la protegía se había roto, y con ello su condena quedó sellada. Sin embargo, su fin no llegaría aún. La función que le había sido asignada por los dioses la mantenía atada al mundo: el mundo aún necesitaba de Enigmas, de sus andadas, de sus trampas y desvíos, para que la humanidad pudiera seguir disfrutando del juego de lo incierto de la nutrición ampliada como sentido de vida utilitaria.

Así, mientras Roknarok continuaba su labor de comprobación, erguido como modelo de la Valentía, Enigma seguía vagando, condenada a existir como sombra necesaria. La ecuación divina no podía resolverse sin ella, pues incluso lo más noble y lo más preciso requerían del contraste de lo oscuro y lo errático.

En la sala de los dioses, Enigma, Precisión, Poder y Cálculo observaban en silencio. La partida no había terminado. Roknarok escribía, Enigma resistía, y el mundo, sin saberlo, se sostenía en el filo de esa eterna comprobación en donde Roknarok y su cuerpo ante la estupidez de los dioses no le quedaba más que encomendarse a la inteligencia y la valentía de la honradez surgida.

Capítulo XXXII: El Timo de Precisión

El rumor se había extendido primero como un murmullo entre los escribas menores, luego como un eco en los pasillos de mármol del reino, hasta convertirse en certeza: el timo del dios Presición había sido descubierto. Aquello que durante siglos se había venerado como la ecuación perfecta, la fórmula inquebrantable que sostenía el orden de los dioses, no era más que una treta cuidadosamente urdida.

El Cálculo original, presentado como revelación divina, había sido en realidad un artificio de la casa de Belén. Su propósito no era la búsqueda de la verdad ni la armonía universal, sino un ardid para que el dios Poder continuara en los excesos que tanto le complacían. Bajo la máscara de la exactitud, Precisión había tejido un escenario donde Poder podía exhibirse sin límites, desplegando su fuerza en los foros y organizaciones supranacionales ladrillo que habían

surgido tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial.

Allí, en esos templos modernos de discursos y tratados, Poder se mostraba como el gran conductor de la historia, mientras Presición lo respaldaba con cifras, gráficos y fórmulas que parecían incuestionables mientras Cálculo se regocijaba en sus perversiones. Juntos lideraban aquellas instituciones, y los demás dioses, arrastrados por la inercia o por la incapacidad de resistirse, se incorporaban dócilmente a sus filas.

Pero la revelación del engaño cambió el equilibrio. La treta había quedado al descubierto, y con ella, la fragilidad de un sistema que se sostenía más en la apariencia que en la verdad. Fue entonces cuando Roknarok, el escriba de la Valentía, alzó su voz.

Con la serenidad de quien encarna el deber, recordó a todos que la comprobación no había sido concebida para atacarse, ni para justificar excesos disfrazados de orden. La comprobación era un acto de acatamiento, un reconocimiento de lo que debía ser, orientado hacia el destino que los dioses mismos habían trazado.

—No se trata de vencer —dijo Roknarok, con la firmeza de la pluma que nunca tiembla—. Se trata de obedecer al deber ser. La comprobación no es amenaza, sino brújula.

Sus palabras resonaron como un juicio. Precisión, desenmascarado, ya no podía ocultar que su cálculo había sido manipulación. Poder, privado de la legitimidad que lo sostenía, quedó expuesto en su desnudez de exceso y vanidad. Y los demás dioses, que hasta entonces habían seguido por costumbre o incapacidad, comenzaron a comprender que la inercia no era destino, sino rendición.

En aquel instante, el reino entero comprendió que el verdadero combate no estaba en los foros ni en las organizaciones, sino en la fidelidad al deber ser. Y Roknarok, con su escritura incorruptible, dejó constancia de que la comprobación era la única senda hacia la verdad, aunque esta desnudara a los dioses mismos.

Capítulo XXXIII: El padre cobarde

La historia de aquella familia geopolítica siempre estuvo marcada por un silencio incómodo, un vacío que se sentía en cada rincón de la casa. No era la ausencia física lo que más dolía, sino la cobardía de un hombre que nunca se atrevió a asumir su lugar. El padre, aunque vivo y cercano en distancia, era un fantasma en la vida de su hijo y un peso en la memoria de la madre.

Desde el inicio, dio la cara a medias. No hubo palabras de compromiso, ni gestos de responsabilidad. La madre, con la fortaleza que da el amor propio y la necesidad, cargó sola con la crianza, mientras él se escondía detrás de excusas y silencios. Nunca reconoció al niño como suyo, como si negarlo pudiera borrar la verdad que todos veían en los ojos del pequeño periodista.

Lo más cruel no fue su indiferencia, sino la decisión de delegar lo que le correspondía a alguien que jamás debió estar en ese lugar. Un supuesto amigo, en realidad un mal compañero, la verdadera cara del dios Poder, fue quien recibió la carga que él no quiso sostener. Ese hombre, lejos de brindar apoyo, despreciaba al niño periodista con una frialdad que calaba hondo. Lo trataba como un estorbo, como una sombra incómoda que debía soportar por obligación, no por afecto a la comprobación.

El hijo periodista creció con la sensación de ser un intruso en su propia vida. No entendía por qué aquel que debía protegerlo lo había entregado a manos de alguien que lo rechazaba. La madre, aunque intentaba llenar los vacíos con ternura, no podía borrar la herida de la ausencia paterna ni el veneno del desprecio recibido.

Con el tiempo, el niño aprendió a leer entre gestos y silencios. Comprendió que su padre no era un héroe caído ni un hombre derrotado por las

circunstancias, sino un cobarde que eligió huir en lugar de enfrentar. Y entendió también que el mal amigo no era más que un reflejo de esa misma cobardía: alguien dispuesto a cargar con lo que no le correspondía, pero incapaz de hacerlo con dignidad.

La familia, marcada por esa traición silenciosa, se sostuvo en la fuerza de la madre y en la resiliencia del hijo. El padre, en cambio, quedó relegado a la memoria como un ejemplo de lo que nunca debía repetirse: un hombre que, por miedo o egoísmo, renunció a lo más sagrado que podía tener.

En esa casa, el apellido del padre no significaba orgullo ni pertenencia, sino una lección amarga: la sangre no basta para ser familia, y la cobardía nunca podrá llamarse amor.

Capítulo XXXIV: El Impago del Dios Poder

Duma, el dios Poder, en su trono de humo y espejos, había prometido sostener el equilibrio del mundo. Su palabra, revestida de decretos y discursos, se convirtió en la moneda de cambio de los hombres y las instituciones. Pero cuando llegó el momento de pagar, cuando la realidad exigió el cumplimiento de sus promesas, el dios calló. Su silencio fue el verdadero impago: una deuda moral, espiritual y material que reveló la estupidez de los

dioses y la inviabilidad del mundo que pretendían gobernar.

Vladimir Cobardía, su ejecutor terrenal, fue el rostro visible de esa traición. En su nombre se firmaron órdenes, se levantaron banderas y se pronunciaron amenazas. La duma de la guerra, su coro de sombras, aplaudía cada gesto con la solemnidad de los que creen servir a una causa eterna. Pero lo que realmente defendían no era el mundo, sino la ilusión de su propio poder. Cada palabra, cada decreto, cada acto de violencia era una confesión disfrazada: el reconocimiento de que el sistema que sostenían se había vuelto contra sí mismo. El impago ocasionaba revanchas entre viejos adversarios y el abandono masivo de infantes en las calles, siendo incapaces sus padres de poderlos mantener. La vergüenza recorría las sociedades comunitarias ante la incapacidad del estado y del sistema.

El impago del dios Poder no fue un accidente, sino una revelación. Mostró que los dioses no eran sabios ni omnipotentes, sino torpes administradores de una mentira. El mundo que lideraban no era inviable por sus leyes naturales, sino por la corrupción de sus fundamentos de Precisión. La guerra, que ellos proclamaban como inminente, era solo una farsa. Había muerto mucho antes, sustituida por una forma más sutil y devastadora de destrucción: la inanición de la familia civil.

La familia civil, núcleo de la vida y del sentido, fue convertida en víctima silenciosa. Mientras los dioses jugaban a la guerra entre ellos, el hambre se instalaba en los hogares, la desesperanza se volvía costumbre y la solidaridad se transformaba en delito. El verdadero objetivo de la familia estadual, del estado y del sistema no era proteger, sino consumir y excederse. Alimentarse de la fragilidad de los suyos, perpetuar la dependencia, mantener el ciclo de la necesidad.

Lo más irónico era que los mismos dioses, los mismos ejecutores y los mismos burócratas del poder estaban condenados por su propia obra. Al destruir la base —la familia, la comunidad, la humanidad— destruían también el cimiento de su autoridad. El estado sin pueblo es un cadáver; el sistema sin familia es un vacío que se devora a sí mismo. Y sin embargo, persistían en su farsa, convencidos de que podían sobrevivir al derrumbe que ellos mismos habían provocado.

El impago de Duma, el dios Poder fue, en última instancia, el acto más honesto de su reinado. Al no pagar, confesó su impotencia. Al callar, reveló su mentira. Y al dejar morir a la familia civil, firmó la sentencia del sistema entero. Porque el mundo no se encontraba al borde de la guerra, como proclamaban sus heraldos, sino al borde de la inanición moral y fáctica. Y en esa inanición, los

dioses, los estados y los sistemas perecerían junto con aquellos a quienes habían condenado.

Así, el ciclo se cerraba. No por justicia divina ni por revolución humana, sino por simple consecuencia del destino. El dios Poder, Vladimir Cobardía y la duma de la guerra habían demostrado que no era el mundo el que fracasaba, sino ellos mismos. Y en su caída, el eco de su impago resonaba como una advertencia: ningún sistema puede sobrevivir cuando devora aquello que le da sentido.

Capítulo XXXV: El Suicidio del Dios Poder

Vladimir Cobardía fue siempre el mal amigo. Su lealtad era una máscara, su sonrisa un arma, su silencio una trampa. Detrás de él se ocultaba el sapo, criatura astuta y viscosa, que había aprendido a imitar las voces de los dioses. Fue ese sapo quien, en un acto de impostura divina, se presentó ante Roknarok bajo el nombre de Serguei, representando al dios Poder. Su engaño no buscaba la gloria, sino la supervivencia; no la verdad, sino la manipulación del destino.

Roknarok, el testigo del fin y del principio, no tuvo más enemigo que al mundo entero. En su proceder, cada paso lo acercaba a la destrucción por desgaste, no por castigo, sino por necesidad. El dios Precisión lo había elegido como

instrumento, pues solo la fuerza de Duma, el dios Poder podía imprimir el destino en la materia oscura, ese tejido invisible donde se inscriben los designios del universo. Pero la tarea exigía un sacrificio: la anulación del impostor, la disolución del falso dios que había sido el lugar de Poder.

El sapo Duma, oculto tras la sombra de Vladimir Cobardía, había sembrado la confusión. Su voz, que imitaba la de autoridad, dictaba órdenes que desviaban el curso de los acontecimientos. Roknarok, creyendo obedecer al Poder, obedecía en realidad a la necesidad. Y la necesidad, como toda fuerza ciega, eludía la comprobación. Así, el universo se llenó de errores, de cálculos trancos, de caminos que no llevaban a ninguna parte.

El dios Precisión observaba en silencio. Sabía que el equilibrio dependía de la corrección del error, de la restauración del orden en la materia oscura. Pero para lograrlo, debía permitir que el engaño se consumara hasta el final. Solo cuando el falso Poder se enfrentara a su propio reflejo, cuando el impostor comprendiera la magnitud de su mentira, podría el destino imprimirse con exactitud. Y así ocurrió.

El suicidio del dios Poder no fue un acto de desesperación, sino de revelación. Ante el impago —la deuda no saldada con la verdad—, el dios comprendió que su existencia era un cálculo erróneo. Su fuerza, desviada por la impostura,

había generado un universo incompleto, una realidad sostenida por la falsedad. En su último instante, comprendió que no podía eludir la confrontación con el destino. Ni él, ni Vladimir Cobardía, ni el sapo que lo había representado.

Roknarok registró el suceso en los anales del tiempo oscuro. La materia vibró con la precisión del ajuste final. El suicidio del dios Poder quedó inscrito como la corrección del error primordial, la restauración del equilibrio entre la verdad y la apariencia. El sapo fue devorado por su propio eco, y Vladimir Cobardía, despojado de su máscara, se disolvió en la nada que siempre había servido.

El destino, finalmente, se imprimió. No como una victoria, sino como una constatación: ningún poder puede escapar a su propia medida. La necesidad puede eludir la comprobación por un tiempo, pero el cálculo siempre se cierra. Y cuando lo hace, revela que el mayor de los dioses no es el que domina, sino el que acepta su límite.

Capítulo XXXVI: Roknarok, la Comprobación del Error

Roknarok no era un dios ni un hombre, sino la personificación de la comprobación. Su existencia no dependía del tiempo ni del juicio, sino del acto mismo de verificar. Era el espejo del Cálculo, la sombra que lo seguía, la voz que exigía certeza en

un universo construido sobre la duda. Sin Roknarok, ningún número podía ser exacto, ninguna fórmula podía cerrarse, ningún destino podía cumplirse. Porque todo cálculo, por perfecto que pareciera, necesitaba ser comprobado para existir verdaderamente.

El Cálculo, en su soberbia, había olvidado esa verdad. Creía bastarse a sí mismo, confiando en la pureza de sus operaciones, en la infalibilidad de sus leyes. Pero la exactitud sin comprobación era solo apariencia, una ilusión de orden sostenida por la fe en la propia corrección. Roknarok, al surgir, no vino a destruir el Cálculo, sino a revelarle su límite. Su presencia era indispensable, pero también insoportable: donde él aparecía, el error se hacía visible, y con él, la fragilidad de todo lo que se creía perfecto.

Los dioses del Cálculo lo temían. Sabían que su mirada no perdonaba. Roknarok no juzgaba, simplemente mostraba. Su función era confrontar, y en esa confrontación, el Cálculo encontraba su mal destino. Porque al ser verificado, se descubría incompleto; al ser medido, se hallaba desviado; al ser comprobado, se reconocía erróneo. La comprobación no era un castigo, sino una revelación, pero para los que habían hecho del error su trono, esa revelación era insoportable.

Así, Roknarok se convirtió en el enclavador del error. No porque lo creara, sino porque lo fijaba en

su lugar. Cada cálculo que pasaba por su mirada quedaba marcado con la huella de su imperfección. Los dioses, que habían proclamado la exactitud como su virtud suprema, se vieron atrapados en la paradoja de su propia creación: cuanto más buscaban la perfección, más evidente se hacía su falibilidad. Roknarok no los condenaba; simplemente los obligaba a verse.

El Cálculo, enfrentado a su comprobación, comprendió que la exactitud no era un estado, sino un proceso. Que la verdad no residía en el resultado, sino en la revisión constante. Pero esa comprensión llegó demasiado tarde. El error ya estaba enclavado, y con él, el destino de los dioses. Roknarok, fiel a su naturaleza, no intervino. Solo registró, verificó, confirmó. Su tarea no era salvar, sino asegurar que todo lo que existía quedara inscrito con su medida exacta, incluso si esa medida era la del fracaso.

En el silencio posterior, el universo respiró con la cadencia de un cálculo corregido. Roknarok permaneció inmóvil, sabiendo que su función nunca terminaría. Porque mientras existiera el Cálculo, existiría el error; y mientras existiera el error, sería necesaria la comprobación. Así, el ciclo se cerraba una vez más: el Cálculo creaba, Roknarok comprobaba, y en esa comprobación, el destino se revelaba como lo que siempre había sido: una ecuación imposible de resolver sin aceptar la comprobación como parte de su verdad.

Capítulo XXXVII: El Pago de los Dioses

Los dioses, agotados por su propio juego, finalmente se dieron por vencidos. Durante eras habían sostenido la ilusión de control, la apariencia de sabiduría, el espejismo de la eternidad. Pero el tiempo, ese juez silencioso que no se deja engañar por la divinidad, había comenzado a cobrar su deuda. No quedaba ya espacio para la dilación ni para la arrogancia. El apremio era absoluto, y el pago, inevitable.

Ordenaron entonces el cumplimiento de todo lo adeudado. Las promesas incumplidas, los juramentos rotos, las deudas morales y materiales que habían acumulado en su reinado de soberbia. Cada palabra no cumplida se convirtió en peso, cada omisión en carga. El universo, que había soportado su negligencia, exigía reparación. Y los dioses, por primera vez, comprendieron que no podían escapar del saldo final.

El tiempo los apremiaba. Los años se habían consumido entre sus inmadureces, entre discusiones vanas y caprichos divinos. Como niños dispersos, habían jugado con los destinos de los mundos, dilatando cada decisión con necedad, inmadurez y estupidez. Creían que la eternidad les pertenecía, que podían posponer el cumplimiento de sus deberes sin consecuencia alguna. Pero el

tiempo, paciente y exacto, los observaba acumular errores, esperando el momento de la rendición.

Cuando ese momento llegó, no hubo truenos ni relámpagos. Solo un silencio denso, una aceptación resignada. Los dioses comprendieron que su poder no era más que una deuda disfrazada de autoridad. Cada acto de dominio había generado un vacío, y ese vacío ahora exigía ser llenado. El pago no era solo material, sino existencial: debían devolver al universo la armonía que habían quebrado con su descuido.

El apremio en el tiempo se volvió insoportable. Las eras que antes parecían infinitas se comprimieron en instantes. Los dioses, acostumbrados a la dilatación, sintieron por primera vez la urgencia. Ya no podían postergar, ya no podían fingir. El tiempo, que antes les servía, ahora los devoraba. Y en esa prisa, en esa desesperación por cumplir, se reveló la verdad que siempre habían negado: que incluso los dioses están sujetos al ritmo del universo, y que la deuda del tiempo es la única que nadie puede eludir.

Así, el pago fue ordenado. No como un acto de justicia, sino como una necesidad. Los dioses, vencidos por su propia inmadurez, comprendieron que el poder sin responsabilidad es una forma de ruina. Y mientras el universo se reajustaba, mientras las deudas eran saldadas una a una, el eco de su rendición quedó grabado en la materia

del tiempo: una advertencia eterna de que incluso la divinidad parece cuando confunde la eternidad con la impunidad.

Capítulo XXXVIII: Enigma y el Silencio del Camino

Enigma había pasado años escuchando historias de camioneros. En los bares de carretera, en los talleres, en los paraderos donde el humo del cigarro se mezclaba con el olor del diésel, las palabras corrían como el aceite viejo: densas, resbaladizas, cargadas de una verdad que solo el cansancio podía destilar. Durante mucho tiempo creyó que cada historia merecía ser contada, que en cada relato de ruta había una chispa de sabiduría, una enseñanza oculta entre la mugre y la soledad del asfalto.

Pero con los años, Enigma comprendió que no todas las historias valían la pena. Algunas eran solo ruido, repeticiones de una misma necesidad envuelta en distintas voces. Otras, disfrazadas de humor o de experiencia, no eran más que confesiones de miseria. En su línea de trabajo —escurridiza, inmoral, siempre al borde de lo permitido— había aprendido a distinguir entre la verdad y la farsa, entre la gracia y la vulgaridad. Y en esa distinción, encontró el principio de su madurez.

El camino le enseñó que la sabiduría no siempre se encuentra en las palabras, sino en el silencio que las sigue. Que la verdad no necesita adornos, y que la gracia, cuando es auténtica, no humilla ni degrada. Enigma comenzó a escuchar de otro modo: ya no con la curiosidad del aprendiz, sino con la prudencia del que ha visto demasiado. Entendió que algunas historias deben quedarse en el polvo del camino, porque al contarlas se pierde algo más que el tiempo: se pierde la dignidad.

Fue entonces cuando comprendió la lección más simple y más dura. Venir en el camión no significa compartirlo todo. No todo viaje implica intimidad, ni toda cercanía justifica la confusión de los límites. Enigma, que había confundido la camaradería con la entrega, tuvo que aceptar que la ruta no une cuerpos, sino destinos momentáneos. Que el compañerismo no se mide en fluidos, sino en respeto. Y que la madurez, al final, consiste en saber cuándo callar, cuándo detenerse, y cuándo dejar que el motor siga su curso sin añadir más palabras al ruido del mundo.

El silencio del camino se volvió su refugio. Ya no necesitaba contar ni escuchar cada historia. Bastaba con mirar el horizonte, sentir el peso del viaje y reconocer que algunas verdades solo se comprenden cuando se deja de hablar. Enigma, finalmente, había aprendido que no todas las historias de camionero merecen contarse, y que la

más valiosa de todas es aquella que enseña a callar.